

Unidad y Carismas

Para una cultura de la misericordia

Superar el conflicto con el diálogo

Silvia Tagliente

La misericordia en Chiara Lubich,
camino de resurrección

Florence Gillet

Papa Francisco.
Su estilo comunicativo nos interpela

Michele Zanzucchi

Don Orione
y el ministerio de la misericordia

Don Flavio Peloso, f.d.p.

Los siete pasos del perdón
y de la reconciliación

Konrad Stauss

N.º 96/2015

Octubre - Diciembre



Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm.; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm.; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición polaca

«Jedność i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

PARA UNA CULTURA DE LA MISERICORDIA

Editorial

Para una cultura de la misericordia *Mauro Mantovani, s.d.b.* 4

Experiencias

Superar el conflicto con el diálogo *Silvia Tagliente* 7

Límites y fragilidad en el mundo eclesial *Mariano Steffan, o.f.m.cap.* 10

Perspectivas

La misericordia es “lo esencial” de Dios *Andrzej S. Wodka, s.ss.r.* 16

La misericordia en Chiara Lubich,
camino de resurrección *Florence Gillet* 20

Los conflictos y la vida en la
comunidad religiosa *Alessandro Partini, o.f.m.* 25

Papa Francisco.
Su estilo comunicativo nos interpela *Michele Zanzucchi* 30

Testigos

Don Orione y el ministerio de la misericordia *Don Flavio Peloso, f.d.p.* 34

Nuevos horizontes

Los siete pasos del perdón
y de la reconciliación *Konrad Stauss* 38

Para una cultura de la misericordia

EL 13 de marzo de este año, con ocasión de la celebración penitencial especial conocida con *24 horas para el Señor*, y promovida por el Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización, el papa Francisco durante la homilía anunció la celebración de un año santo extraordinario, un *Jubileo de la misericordia*, que abarcará desde el 8 diciembre 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción, hasta el 20 noviembre 2016, solemnidad de Cristo Rey del Universo.

«Estoy convencido –afirmó– de que la Iglesia entera, tan necesitada de recibir misericordia, encontrará en este Jubileo la alegría de redescubrir y hacer fecunda la misericordia de Dios, con la que todos estamos llamados a ofrecer consuelo a cada hombre y a cada mujer de nuestro tiempo».

El Papa con este Jubileo pone en el centro de la atención a Dios misericordioso, que invita a todos a volvernos hacia él, y este encuentro con él inspira la virtud de la misericordia, y hace vivir "misericordiando".

El tema de la misericordia, que aparece también como lema en su escudo pontificio, es especialmente querido por el papa Francisco. Por eso aparece siempre como punto céntrico de su ministerio la perspectiva que la misericordia constituye una verdadera *prioridad*, una prioridad esencial de nuestro tiempo, una "revolución" que está aún por hacerse y que es más necesaria que nunca para poder revelar el rostro de Dios.

Junto al el tema de la misericordia, y como consecuencia, el papa Francisco habla a menudo del peligro de la "globalización de la indiferencia" y de la "cultura del descarte", señalando abiertamente a muchas de las experiencias de división, opresión y marginación que con frecuencia producen alejamiento, violencia y conflictos.

También nos encontramos en un momento en que la atención mediática, a menudo por razones de *audiencias* y noticiabilidad, parece centrarse sobre todo en las situaciones de conflicto, convenciéndonos que esa es la realidad más importante. Y efectivamente, más allá de

ciertas exageraciones o espectacularidades mediáticas, ¿quién por desgracia no tiene experiencia de la propagación de ciertas discusiones, de agresividad, incluso en la calle, en el transporte público, en los deportes, en las oficinas y ambientes de trabajo, y por desgracia, y por qué no, en las familias y en las comunidades religiosas? Por no hablar de los conflictos a nivel internacional y de las violencias absurdas que lamentablemente están ensangrentando estos días a nuestro planeta. Sin embargo, a pesar de todo, el papa Francisco nos orienta, nos desafía, nos convoca a la *cultura de la misericordia*.

Con esta conciencia nuestra revista organizó en Roma un Seminario de estudio y discusión sobre el tema de la *cultura de la misericordia*, del cual son reflejo y fruto los textos que publicamos en este número de Unidad y Carismas. En aquella ocasión quisimos fijarnos explícitamente en la misericordia a partir de la experiencia de las muchas formas de conflictos que por desgracia se hacen presentes constantemente en nuestro vivir diario, sea cercano o lejano, y de los que no podemos desentendernos, fingiendo que no los vemos.

Es esta una visión de la misericordia que quizá se aleja un poco de la noción más clásica de misericordia, pero que manifiesta —en muchos aspectos— una verdadera concreción y encarnación del amor que se abre al sufrimiento de los demás. Una misericordia que, cada vez más, es requerida como actitud imprescindible frente a la propagación de pequeñas o grandes violencias, de conflictos, de reacciones exageradas y actitudes de indiferencia, en medio de los problemas de la vida cotidiana. Si la falta de diálogo es tendencia a la clausura y a cerrarse, sobre las huellas del papa Francisco estamos invitados a *mirar a la misericordia que debe preceder al conflicto en sí mismo*, comprometiéndose en un círculo virtuoso de perdón y de reconciliación que asocia la misericordia a la confianza y a la expresión concreta de amor, pues el conflicto es en definitiva una falta de amor.

En este número de la Revista presentamos algunas experiencias de las que afloran algunas orientaciones y perspectivas, que proceden de personas, religiosos y religiosas, sacerdotes y laicos, que han sido, que han participado como protagonistas, invirtiendo su profesionalidad, trabajando para encarnar la cultura de la misericordia en diversos ámbitos, desde la mediación internacional en el campo de la psicología y de la psiquiatría, desde el diálogo interconfesional entre los cristianos a la resolución de conflictos en comunidades de consagrados y consagradas, en el diálogo interreligioso, en los medios de comunicación, en la cárcel, etc.

Una contribución la presenta también la paradigmática experiencia vivida por Chiara Lubich y sus primeras compañeras a través del “pacto de misericordia”. Es significativo el que en este número de la revista se haya querido anteponer la presentación de las “Experiencias” concretas a las propuestas de las “Perspectivas”.

Desde el papa Francisco, con su “gramática de la simplicidad”, y del conjunto de estas experiencias y reflexiones, nos llega la invitación a enfocar la *cultura de la misericordia* y su aplicación concreta como un proceso continuo y nunca acabado de conversión y crecimiento personal por un lado, y por otro de encuentro y diálogo con cada prójimo, porque —como recuerda L. Leuzzi, obispo auxiliar de Roma, en uno de sus escritos sobre el “realismo histórico” del papa Francisco— la misericordia «no es sólo un sentimiento que se refiera a Dios. Es el amor que salva, el decir, el amor que interviene en la historia para elevar al

hombre, para que él pueda realizar su historicidad... Descubrir la misericordia de Dios... Descubrir la misericordia de Dios significa no manipular de ninguna manera el evangelio, sino estar enteramente a su servicio, porque el hombre espera la intervención misericordiosa de Dios en su existencia que históricamente le da todo su sentido»¹.

La capacidad de asumir la responsabilidad a cualquier nivel tendría que ser cada vez más el criterio fundamental de orientación y verificación de los propios puntos de vista y acciones, para que indiquen la meta a alcanzar y el nivel de la humanidad” conseguido. No por casualidad afirmaba A.J. Heschel: «*Llego a ser una persona cuando comprendo el significado de recibir y de dar, y comienzo a corresponder. El grado de sensibilidad por los sufrimientos de los otros, por la humanidad de los otros hombres, es el índice del grado de humanidad alcanzado. El hombre alcanza la plenitud del vínculo social, en el interés por los otros. Se engrandece su existencia “llevando el peso de su prójimo”*»².

Las aportaciones de este número quieren ser estímulos para caminar en esta dirección.

Mauro Mantovani, s.d.b.

¹ L. Leuzzi, *Amare e Servire. Il realismo storico di Papa Francesco*, LEV, Città del Vaticano, 2013.

² A. J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, Rusconi, Milano 1989.

«La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia “vive un deseo inagotable de brindar misericordia”. Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza».

Papa Francisco, *Misericordiae vultus*, n° 10, Roma, 2015.

Superar los conflictos mediante el diálogo

Silvia Tagliente

Todo conflicto se produce por una falta de diálogo, tanto entre los individuos como con las instituciones. A través de su experiencia como abogado y voluntaria en una prisión de Roma, la autora del presente artículo cuenta una experiencia que tiende a recomponer este diálogo, y que es vivida por detenidos que se sienten impulsados por el deseo de llegar a ser misericordiosos portadores de esperanza.

EL trabajo de abogado lleva a tener que afrontar cada día situaciones conflictivas. El profesional se ve obligado a tener que asumir la defensa de uno de los contendientes y, por tanto, a hacerse cargo de los problemas de su asistido, para resolverlos del mejor modo posible.

Gracias a mi experiencia profesional de abogado he llegado a la conclusión de que la desavenencia, a cualquier nivel y en cualquier entorno, es la consecuencia de la falta de diálogo y de confrontación entre las dos o más partes contrapuestas; cada una de ellas se enrosca cada vez más en su propia posición, terminando por levantar un muro virtual que separa a ambas partes, haciendo que cada día sea más difícil avanzar, o por lo menos intentar comprender algo de la perspectiva del otro.

En el ámbito familiar, por ejemplo, si

marido y mujer hablan entre ellos y se intercambian opiniones sobre cualquier problema que pueda presentarse, la solución se encuentra; el tiempo de reacción será más o menos largo, pero en cualquier caso será fructuoso.

Cuando, sin embargo, el mecanismo de la comunicación se encalla en algún punto, los cónyuges se reafirman cada vez más sobre sí mismos y cada uno piensa que con toda seguridad está en lo justo; no se confrontan de un modo saludable y, actuando así, pierden la posibilidad de verificar la bondad y el fundamento del propio punto de vista, o incluso caer eventualmente en la cuenta de una equivocación. Separación y divorcio son, por tanto, el final de un camino empedrado de cerramientos hacia el otro.

Llevando a su máximo grado este análisis, se puede constatar que la situación de

conflicto empeora –en términos de sufrimiento humano y de costes sociales– si el que no sabe dialogar es el Estado, que permanece sordo a las exigencias de los ciudadanos, sobre todo de los que viven en situaciones difíciles, por lo general en barrios periféricos abandonados.

Estadísticamente es más frecuente que las realidades en las que el Estado falta y en las que, por tanto, no consigue dar respuestas concretas a las personas, son aquellas en las que el conflicto entre el ordenamiento –entendido como conjunto de normas que regulan la vida civil– y los ciudadanos está potencialmente destinado a crear más que nada una especie de *humus* muy fértil en el que la criminalidad arraiga y crece frondosa. El mecanismo es trágicamente sencillo: yo, chico adolescente necesito un lugar en donde poder estudiar y jugar con mis compañeros, pero el Estado no escucha mi necesidad, no se interesa. ¿Entonces qué? Si no tengo una escuela con profesores preparados, interesados y estimulados, o un campito donde jugar al balón, sino que vivo en un lugar en donde reina la degradación, me dedico a caminar solo por las calles sombrías del barrio hasta que por fin encuentro en un grupo de chicos que me dan la impresión que me escuchan y que me convencen para formar parte del grupo con la posibilidad de poder llevar dinero en el bolsillo. ¿Cómo? Vendiendo droga o robando a las señoras ancianas.

O también, si soy un padre de familia que no tiene dinero para dar de comer a los hijos porque no hay trabajo, ¿cómo hago para conseguir dinero? La solución que encuentro está en cometer delitos contra el patrimonio (hurtos) o delinquiendo por encargo.

La falta de diálogo con las instituciones lleva al conflicto interno entre el Estado y sus hijos.

Cuando ya no es posible recomponer en buena fe un diálogo interrumpido, el único

lugar para resolver el conflicto es el tribunal en donde se desarrolla el proceso. Más aún, donde se “celebra el proceso”. La expresión no es casual, así como no lo es el hecho de que los oficiales del derecho, para referirse a las disposiciones procesales contenidas en los códigos, hablen de “rito”.

Mediante este rito el legislador pretende que se conceda espacio al diálogo crítico pero transparente entre las partes, y lo hace salvaguardando el careo entre ellas. En síntesis, cada uno (actor y demandado en el proceso civil; imputado, ministerio público, y, eventualmente parte civil, en el penal) debe estar en condición de conocer lo mejor posible la línea defensiva de la parte contraria, con el fin de argumentar en orden a que sea discutible o no, además de demostrar el fundamento de sus requerimientos contrarios, con pocas posibilidades de jugar las cartas.

Apoyándose básicamente en el entorno penalista, hay que precisar que si el éxito del proceso imputado es reconocido culpable con una sentencia emitida por un magistrado tercero e imparcial, y es condenado a pena de detención, será internado en la cárcel.

En las cárceles no bien organizadas, llenas sobre cualquier posibilidad y no estructuradas para la reeducación de los detenidos, estos están inevitablemente destinados a tener la percepción de que el diálogo con el Estado y en general con los ciudadanos que se encuentran fuera de sus muros, no habrá modo que se abra.

Esto es lo que oigo lamentarse más frecuentemente a los detenidos de la sección masculina que se hallan inscritos en la facultad de Jurisprudencia de la Universidad “Sapientza”, con los cuales desde hace ya un año presto mi actividad de tutoría en el estudio de derecho privado, romano y contemporáneo.

Las personas con las que trabajo provie-

nen casi todas de contextos muy difíciles; algunas además tienen hermanos o padres o amigos de infancia detenidos con ellos y como ellos, porque la realidad social vivida “fuera” es tenida por todos tristemente como normal y que su disciplina se conduce por las reglas de la delincuencia.

Entre ellos hay estudiantes que están convencidos de no poder esperar, una vez terminado su cumplimiento con la justicia, para integrarse plenamente al mundo del trabajo en el mundo de lo civil. Perciben la falta de disponibilidad del Estado para abrir la comunicación con ellos y, lo que es peor, para hacer posible que esto pueda llegar a ser realidad con los demás ciudadanos.

A pesar de esto, o tal vez por esto, los chicos de mi grupo de trabajo tratan de ser “otro”, de ser “prójimo”, para con los detenidos que están en desventaja, o sea, por ejemplo, los extranjeros, o los que están poco instruidos que ni siquiera han conseguido los estudios de la escuela básica y, que por tanto, ignoran la existencia de disposiciones normativas que pueden invocar para

Algo aún más sorprendente, para hacer más sistemática su contribución a favor de los necesitados, desde hace poco han pedido la autorización al director de la cárcel para poner en marcha un “centro de escucha” permanente para los diversos sectores de la cárcel. Ellos prefieren llamarlo así, porque quieren significar con el nombre el espíritu del servicio que se quiere ofrecer.

la aplicación de obtención de permisos de cualquier género; o pobres que no pueden permitirse un abogado de confianza; o los abandonados o rechazados por sus familias.

Estos jóvenes prestan ayuda poniendo a disposición desinteresadamente las nociones que ellos han conseguido estudiando derecho, como, por ejemplo, dirigiendo al magistrado de vigilancia instancias que sus otros compañeros de desventura no están en condición de redactarlas solos, o buscando la solución a pequeños problemas de administración ordinaria en la cárcel, como consecuencia de la interpretación del reglamento interno. Y lo hacen con entusiasmo, con entrega, con mucho cuidado y mucha seriedad.

Pero algo aún más sorprendente, para hacer más sistemática su contribución a favor de los necesitados, desde hace poco han pedido la autorización al director de la cárcel para poner en marcha un “centro de escucha” permanente para los diversos sectores de la cárcel. Ellos prefieren llamarlo así, porque quieren significar con el nombre el espíritu del servicio que se quiere ofrecer.

Esto es así porque han hecho propio, a raíz de un versículo, que lo que más sirve al hombre, en cualquier situación que se encuentre, es el ser escuchado, y que lo que más agrada y ennoblece a cada uno sobre cualquier otra cosa es el hecho de escuchar, y con mayor razón si la escucha es gratuita y busca misericordiosamente la acción concreta que tiende, hasta los límites de lo posible, a realizar las necesidades del otro.

El aspecto más significativo es que tal iniciativa brota de aquellos que se sienten ante los ojos inclementes de una sociedad que los tiene marginados para no tenerse que preguntar qué responsabilidades tiene por haberlos empujado lejos de su seno. Es una iniciativa que está pensada y querida por personas que son víctimas de un sistema que ha mostrado de modo totalmente dramático, la falta de voluntad para resolver los conflictos con ellos, pero que, a pesar de todo, aún están animadas por el deseo de querer ser misericordiosos portadores de esperanza.

Límites y fragilidad en el mundo eclesial

Mariano Steffan, o.f.m.cap.

Con una introducción y dos entrevistas, se narra la experiencia de un grupo de apoyo y ayuda de la diócesis de Padua, en donde algunos especialistas acompañan a sacerdotes que viven trastornos psicológicos

Una distinción entre psicológico y espiritual

Para introducirnos en el meollo del tema, partamos de la distinción entre psicológico y espiritual descrita por el sacerdote don Sante Babolin que, por encargo de su obispo, ejerce el ministerio de acogida para las personas con trastornos del alma¹.

En este servicio ministerial, a través del cual encuentras tantas personas afectadas por enormes sufrimientos en los que la frontera entre lo psicológico y lo espiritual no siempre está claro, el autor sugiere, como primer paso, el instrumento de la Palabra de Dios, que posee en sí una dimensión energética.

«Este –precisa el autor– es el principio de fe de la que se parte: la palabra de Dios proclamada está viva, obra lo que dice. El secreto está en comprender lo que Dios dice a su pueblo. Por eso es necesario saber [...] que Dios habla, no charla»².

Por tanto, todo está en saber afinar la es-

cucha, en quitar los trastornos que nos impiden la comprensión, encender el fuego de la comunicación y poderse decir y dejarse decir por la Palabra.

De aquí la necesidad de ser capaz de «superar lagunas dificultades y afrontar problemas humanos no resueltos o mal resueltos mal que vienen de detrás». Por lo tanto, «saber distinguir con claridad lo espiritual de lo psiquiátrico»³ es más necesario que nunca, para no correr el riesgo de hacer un discernimiento, que ya es difícil en sí, en detrimento de las personas con enfermedades mentales. Discernimiento que hay que hacer en estrecha colaboración con el psiquiatra y que no debe hacerse si no después de consultar con «personas expertas en cuestiones de vida espiritual y, cuando sea necesario, con personas expertas en medicina y psiquiatría, pero que también presten atención a las realidades espirituales»⁴.

Hoy la depresión se presenta como el caso más frecuente de estos trastornos y se manifiesta con múltiples formas de pato-

logías, engañosas incluso para la medicina general. Por otra parte, frente a estas dificultades, en la mentalidad común de la gente se tiende a ocultar tales trastornos y sus múltiples formas. El profesional clínico sabe que la depresión tiene una dimensión física propia y una psíquica que influyen

«Este es el principio de fe de la que se parte: la palabra de Dios proclamada está viva, obra lo que dice. El secreto está en comprender lo que Dios dice a su pueblo. Por eso es necesario saber [...] que Dios habla, no charla»

debilitando gravemente la actividad de la persona, la cual no conseguirá curarse por sí sola. De aquí la necesidad de poder ofrecerle una ayuda, para evitar que se aíse parapeándose en sus múltiples mecanismos de defensa, en primer lugar el de no tener necesidad de nadie, acabando así con auto-destruirse.

Entrevista al psiquiatra Miola

De este tema hablamos con el psiquiatra Carmelo Miola, supervisor del grupo terapéutico de la diócesis de Padua⁵.

¿Cuál es el tipo de trabajo que realiza con los sacerdotes y como ha surgido?

Formo parte del equipo de la diócesis de Padua referente a los trastornos del alma y, a petición del obispo Mons. Antonio Mattiazzo, realizo asesoramiento psicoterapéutico y psiquiátrico para sacerdotes con dificultades, soy el supervisor de un equipo de psicólogos que siguen, desde un punto de vista psicoterapéutico, a algunos sacerdotes. Me ocupo también de la formación de los sacerdotes que ayudan a las familias y

los “casos difíciles”, para la gestión de estas relaciones a veces complicadas. Participo en un grupo de trabajo sobre discernimiento (diagnóstico diferencial entre los trastornos médico-psiquiátricos y los trastornos espirituales). Mi colaboración con la diócesis en realidad nació en este grupo, a petición de Mons. Sante Babolin que quería asesorarse con el consejo de un psiquiatra, sobre algunos casos de especial complejidad. Ahora esta colaboración se ha ampliado a otros profesionales.

¿Cuáles son los problemas más comunes que se encuentran en los sacerdotes con patologías psíquicas graves?

Hay una clara distinción entre los problemas de salud mental y la enfermedad mental. Con el término “enfermedad mental” nos referimos a una amplia gama de condiciones de salud mental y los relativos trastornos que afectan al estado de ánimo, al pensamiento y al comportamiento, como la depresión, los trastornos de ansiedad, la esquizofrenia, los trastornos alimentarios y las adicciones. Gran parte de la población, incluidos los sacerdotes, tienen problemas de “salud mental”, que en los sujetos se presentan en momentos particulares del propio ciclo vital, problemas de salud mental que se convierten en verdadera enfermedad solo cuando acompañan síntomas que impidan la regular gestión de la vida cotidiana y un correcto funcionamiento social, generando por ello sufrimiento.

No existe una patología dominante que afecte de modo especial a los sacerdotes. Los problemas psíquicos más comunes están en la línea de los trastornos más comunes presentes en la población en general. Los trastornos más frecuentes son los que ya hemos indicado. Los trastornos bipolares y las psicosis esquizofrénicas son menos frecuentes.

¿Estos trastornos a qué pueden deberse: deficiencias formativas, afectivas, relacionales, humanas?

Hay una predisposición genético-biológica prevalente que lleva a enfermarse. Cuando esta se cruza con una elevada tensión emocional, social, relacional-familiar y laboral, entonces puede manifestarse como verdadera patología. Se pueden encontrar diversas carencias en la biografía de cada persona, que van desde las afectivas a las formativas, las cuales, en la gestión de los momentos críticos, fatigan todavía más. Si pienso en la vida de muchos sacerdotes, con los que me he encontrado tanto en la terapia como en la vida de cada día, lo que puedo decir es que están sometidos con frecuencia a fuertes tensiones emocionales, cargados de responsabilidades y con tomas de decisiones que tienen que afrontarlas solos. Este es el primer y verdadero problema: pensárselo solos mientras que deben afrontar todo un cúmulo de situaciones y contextos extremadamente delicados a nivel existencial y emotivo. Hay que añadir, después, “requerimientos” y “exigencias” que descargan sobre ellos. A todo esto hay que sumar la creciente complejidad de la gestión parroquial, que requiere competencia y habilidad. Pensad cómo puede una persona sola afrontar todas estas cuestiones y darles respuesta. Es una expectativa verdaderamente insuficiente.

El “pensamiento mágico” de poderse valer, no es una premisa útil para el desarrollo del ministerio sacerdotal. Lo útil, sin embargo, es reconocer que hay necesidad de acompañamiento y diálogo permanente, para percibir las propias fortalezas y la natural vulnerabilidad, y luego tratar de responder a un mundo frenético y en continuo cambio. Este mundo real y el de la propia cultura de origen son a menudo dos mundos demasiado lejanos. Algunos sacerdotes

también manifiestan evidentes dificultades en conseguir desvincularse de su familia, llevando así a su término un proceso de autonomía afectiva del propio contexto familiar, dentro del cual siguen, en cambio, desempeñando el papel de hijo. A menudo, el vínculo con la madre o con la figura paterna es conflictivo, poco desarrollado, y se hace presente como un lastre, a veces no del todo superado, lo que no es compatible con la exigencia vivida dentro de la propia comunidad cristiana, que requiere una paternidad madura, competente, que sepa cuidar de los demás.

En los últimos tiempos, con referencia a los sacerdotes que manifiestan desequilibrios psíquicos la Iglesia parecía estar escondida. ¿Es un problema que se podía haber previsto y evitado?

Son cinco años los que llevo realizando este servicio, no puedo decir que sea algo de ahora, o que ha sido siempre así. No creo que sea correcto hablar de explosión del problema, sino más bien de una progresiva toma de conciencia de que los sacerdotes son, en primer lugar, hombres, y como todas las personas pueden desarrollar enfermedades, no solo físicas, sino también psíquicas y dolorosas. Probablemente hay una sensibilidad distinta y cuidado por parte de los obispos y de los responsables de la pastoral de la salud. Quien es designado para cuidar a sus sacerdotes debe estar advertido del estado de bienestar de los mismos.

Con respecto a los ministros del culto y de las personas consagradas a menudo se pide tolerancia cero. Usted, que mira los problemas desde dentro, ¿qué piensa de esto?

Creo que estamos fuera de camino cuando hablamos de tolerancia cero. Ningún ser

humano puede vivir sus relaciones internas o externas con esta suposición. ¿Qué significa tolerancia cero? ¿Puede un ser humano vivir, crecer y expresarse a sí mismo con una premisa tan violenta y categórica? Esta pretensión absurda es a menudo responsable de la pesada carga emotiva que los sacerdotes hallan que deben gestionarse. Todo ser humano tiene derecho a la comprensión, para que pueda ser reconocida, expresada y acogida su vulnerabilidad propia. ¡Nadie está excluido!

Las personas frágiles se bloquean (burnout, presencia prolongada de estrés) cuando se les pide dar más de lo que pueden. ¿Las dinámicas del voluntarismo o de la irresponsabilidad pueden ser gestionadas, incluso teniendo presentes los límites humanos de la persona?

Burnout es un síndrome de estrés laboral caracterizado por diversos factores que van desde el estrés emotivo, a la agitación, a la apatía, a una sensación de despersonalización y de frustración y no son fácilmente

La disposición para la escucha y el acompañamiento, el ser-para-los-otros, que caracteriza la elección vocacional del sacerdote, son fundamentales, pero requieren formación y capacidad para saber poner límites, para no ser invadidos y superados.

identificables. Estas señales de alarmas pueden ser de distinta naturaleza: dificultad para concentrarse o para descansar, irritabilidad, impaciencia, cansancio prolongado, diversos estados somáticos físicos y otras. Antes de llegar a la hipótesis correcta, el diagnóstico puede alargarse, porque este

fenómeno no es una enfermedad independiente, sino una combinación de diversos elementos. La sobrecarga de responsabilidades, de preocupaciones, si no se divide en adecuados espacios estructurales de reflexión o se reelabora dentro de un grupo o es supervisado por un consultor externo, corre el riesgo de provocar un progresivo agotamiento emocional y, finalmente, una inevitable merma del rendimiento.

La disposición para la escucha y el acompañamiento, el ser-para-los-otros, que caracteriza la elección vocacional del sacerdote, son fundamentales, pero requieren formación y capacidad para saber poner límites, para no ser invadidos y superados. Esta condición genera inevitablemente un estrés psíquico-físico, que es una experiencia común a muchos. Hay que lograr en la “prevención”, que consiste en un seguimiento continuo del estado de su bienestar pico-físico, relacional y espiritual. Otra actitud experiencial importante es el saber trabajar con la debida prudencia.

Desde vuestro observatorio de psicólogos y psiquiatras, ¿cuál es el alcance de los problemas del mundo eclesialístico y religioso? ¿Observáis deficiencias de formación integral?

Yo no soy capaz de hablar de la dimensión del problema, o de porcentajes específicos, porque no tengo datos precisos de referencia. En cuanto a mi experiencia, los porcentajes que están en torno al 3% son similares a los datos generales de la epidemiología nacional. La patología más tratada es seguramente la de tipo ansioso-depresivo, como ataques de pánico, trastornos de fobias, distintas obsesiones, compulsiones, etc. El estado de ansiedad no necesariamente debe ser considerado como patológico en sí, pero lo es cuando la tensión aprensiva, la inquietud nacen de sentir

como eminente un peligro que de hecho no existe.

Una diferencia evidente no está tanto en los porcentajes, cuanto en la inevitable diferencia de contextos. Mientras que la mayoría de mis pacientes que sufren estos trastornos son acompañados en la primera entrevista por familiares preocupados, los sacerdotes, en cambio, vienen solos, a menudo demasiado tarde, y pocos con la indicación del propio obispo o superior mayor. Vienen a pedir ayuda cuando están confundidos, extenuados, después de haber intentado durante mucho tiempo ir adelante a fuerza de voluntad, como si su sufrimiento pudiese “ser corregido” así. Hay muchas, demasiadas resistencias por superar, equivocados e inútiles sentimientos de culpa; existe el peligro de un juicio moral sobre la propia vulnerabilidad y la dificultad de admitir que podría tratarse de una patología que necesita ayuda.

Sobre la formación integral creo que se puede hacer mucho más. Partiendo ya del seminario se debería hacer un acompañamiento psicológico, en el que se puede desarrollar tanto un análisis cuidadoso de los vínculos familiares, como una elaboración profunda de la experiencia personal de la desvinculación de la familia de origen. Se debería después proporcionar a los sacerdotes instrumentos más adecuados para conseguir la relación de ayuda y el discernimiento, que es otra competencia extremadamente delicada.

Después de estos años de experiencia ¿cuál es tu mensaje final?

Mi mensaje conclusivo lo formulo como un desafío: se debería aprender a trabajar en red, sabiéndose conectar con las otras profesiones dedicadas a la educación, al acompañamiento y al cuidado, dentro de un equipo interdisciplinar. Existe una co-

munidad laica hecha de entes e instituciones, pero también está el asociacionismo de iniciativa privada, dentro de la cual también se encuentra trabajando. Estas instituciones son un importante recurso en el momento en el que aprendemos a pensar juntos, a no ser autorreferenciales, a no querer hacerlo todo muy bien, pero solos, o con el propio grupo.

Un sacerdote, comprometido hoy en la pastoral, ¿qué formación necesita para estar a la altura de la tarea que le corresponde y para su crecimiento espiritual?

¿Qué formación? La respuesta puede ser diferente según la imagen de sacerdote que cada uno lleva dentro. Se arrastran obviamente distintas eclesiologías y distintas lecturas de los signos de los tiempos.

De nuevo, en relación con el pasado, me parece que hay que subrayar la necesidad de cultivar la dimensión relacional: hoy el sacerdote ya no goza del prestigio inherente a su oficio. Se hace creíble por su testimonio de hombre y de creyente. Este testimonio está vinculado a su capacidad de relación, y está sostenida por una auténtica espiritualidad, para que no sea una mera profesionalidad. Que los sacerdotes se sienten solos en este camino espiritual, es indicado por muchos observadores. A menudo no todos los sacerdotes utilizan las propuestas ordinarias ofrecidas por la diócesis y algunos buscan apoyo en asociaciones y movimientos.

Parece necesario que habrá que insertar el camino de la espiritualidad dentro de un camino más amplio: hacia la unidad de vida. Hay que ayudar al sacerdote a que se cuide de sí, en todas sus dimensiones del hombre, de creyente y de sacerdote. Fijar como objetivo la unidad de vida ayuda a buscar una espiritualidad cristiana más encarnada.

A veces se tiene la impresión que a los sacerdotes les falta una buena formación humana, que es la que hace de fundamento a cualquier otra dimensión. ¿Qué piensa de esto?

Efectivamente, el primer documento sobre la formación de los sacerdotes⁶ da a la formación humana un espacio diferente al de la formación espiritual. Gracias a la buena formación familiar, social y eclesial del seminario, hay sacerdotes ancianos con una personalidad sana y hermosa, envidiable a las nuevas generaciones. Hay, en general, tendencias unilaterales y deficiencias de formación humana de las que los mismos sacerdotes mayores se lamentan.

Hoy, en general, los seminarios cuidan la formación humana y utilizan las herramientas de las ciencias humanas. Este trabajo cada vez es más necesario, porque el contexto social y cultural y la situación de las familias, corren el riesgo de hacer crecer personas que necesitan un trabajo exigente, pero siempre en la unidad, en el equilibrio y en la estabilidad.

Para ayudar a la dimensión humana de los sacerdotes, ya estamos experimentando el método de la supervisión, que ya estamos usando para las categorías que tienen un trabajo de alto impacto emotivo. En grupos heterogéneos por edad y procedencia, se reúnen ocho sacerdotes con un guía experto, una hora y media al mes, para compartir su experiencia en las dinámicas pastorales. Aprenden a mirar de frente y a dar nombre a sus emociones y sentimientos sin esquivarlos, en un clima sereno y sin juicios.

Un sacerdote tiene diversas oportunidades de formación: el mismo ejercicio de su ministerio, el diálogo y la solidaridad con otros sacerdotes, la experiencia pastoral concreta. ¿En qué medida inciden estas oportunidades?

Creo que pocas profesiones ofrecen una

oportunidad de formación como el ministerio del sacerdote. Desde la celebración litúrgica a la oración personal, desde la escucha de la palabra de Dios al encuentro con las personas en todas las situaciones de la vida, desde el nacimiento, al matrimonio, al sufrimiento, a la muerte... Todo puede ser formativo: se trata de ver qué capacidad de aceptación, qué acogida al diferente, qué flexibilidad para el cambio posee cada sacerdote.

Parece necesario que habrá que insertar el camino de la espiritualidad dentro de un camino más amplio: hacia la unidad de vida. Hay que ayudar al sacerdote a que se cuide de sí, en todas sus dimensiones del hombre, de creyente y de sacerdote. Fijar como objetivo la unidad de vida ayuda a buscar una espiritualidad cristiana más encarnada.

Para desarrollar estas actitudes y dejarse formar por la vida y por el ministerio deben servir los instrumentos ofrecidos por la diócesis en la formación permanente estructurada. El instrumento más común y rico es un buen diálogo con los otros sacerdotes y, como condición fundamental, la “docilidad”, es decir, la disponibilidad a dejarse formar siempre.

¹ Cf. S. Babolin, *L'esorcismo. Ministero della consolazione*, Ed. Messaggero, Padova 2014.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ Carmelo Miola, psiquiatra, director médico y responsable de rehabilitación del ULSS 16 de Padua.

⁶ Cf. Juan Pablo II, *Exhortación apostólica Pastores dabo vobis*, 25 marzo 1992.

La misericordia es “lo esencial” de Dios

Andrzej S. Wolka, c.ss.r.

Hemos pedido al presidente del Instituto Alfonsiano que nos trazase algunas pinceladas sobre las raíces bíblicas de la misericordia divina. Un tema riquísimo e inextinguible, pero que con estas primeras consideraciones ya se puede enriquecer nuestra reflexión y ofrecernos nuevas perspectivas..

EL papa Francisco no se cansa de inyectar en el mundo, convertido en una aldea global, el oxígeno de la misericordia divina, que él mismo había experimentado en los albores de su llamada personal. Lo atestigua su escudo, antes episcopal y ahora papal, con las palabras “*miserando atque eligendo*” (en el contexto de la elección de Levi, cf. *Mc 2, 13-17*), según las cuales él se ha sentido elegido por Cristo no por sus cualidades particulares sino por un acto personalísimo de misericordia de Jesús para con él¹. Desde aquí fluyen, fuertes en su simplicidad, indicaciones para una vida plenamente humana que –precisamente por ser humana– en la historia siempre se desarrolla entre enfrentamientos y conflictos. Estos para ser resueltos deben ser “acariciados”². Con esta luz, aparece en el horizonte un nuevo rostro de la “cultura de la misericordia”, como un potente anti-

doto terapéutico frente a los signos de un temido “fin perverso de todas las cosas”³.

Una historia de excesos...

Entre las funciones de la Palabra revelada, además de la información (símbolo), está la de intentar comunicar la relación de Dios con el ser humano a través de expresiones de intimidad (síntoma) y también la que simplemente une al Comunicador con el destinatario a través de una llamada directa (señal). La misericordia es una de estas (pocas) realidades bíblicas capaces de reunir en sí todo el sentido de la Palabra (el Amor que salva) y también de hacer presente el rostro de aquel que amando sana (el Crucificado) y atrae hacia sí todas las cosas (la humanidad redimida, reunida en el corazón del Padre por el Paráclito).

La misericordia es una “estrella”, a me-

nudo escondida y no declarada, de la historia del dolor que acompaña al hombre desde sus inicios. La salida del Paraíso, causada por la primera caída de los primeros padres, está orientada por el Protoevangelio que –exponiendo una confrontación mortal entre el proyecto divino y el anteproyecto satánico– promete la victoria de la Vida sobre la muerte apenas ganada por el hombre. Entre los descendientes de Caín está Lámelec, testigo de los primeros esbozos de la cultura humana, declaradamente contraria a la misericordia: «*Adá y Silá, oíd mi voz; mujeres de Lámelec, escuchad mi palabra: Yo maté a un hombre por una herida que me hizo y a un muchacho por un cardenal que recibí. Caín será vengado siete veces, mas Lámelec lo será setenta y siete*» (Gn 4, 23-24).

La “plenitud de los tiempos”, en gran medida violentos (profetas) y catastróficos (apocalípticos), a pesar de sus convulsiones, revela el rostro de Dios que es Amante de la vida (*philopsychos*, Sap 11, 26), hasta el punto que la historia explosiona en un acontecimiento totalmente inesperado e imposible, la encarnación de Dios en Jesús de Nazaret. El Nuevo Testamento no podrá por menos que maravillarse presentando el acontecimiento con simplicidad: «*Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por las obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino por su propia misericordia, mediante el baño de la regeneración y la renovación operada por el Espíritu Santo*» (Tit 3, 4-5). La conjunción de la benignidad y de la “humanidad”⁴ de Dios con su misericordia produce la revolución más abrumadora de la historia del mundo: sus frutos por el “baño” en Cristo, que son renacimiento y novedad de vida del Espíritu, totalmente superiores. Es una bondad y filantropía de Dios que se revela como misericordia encarnada y que como tal permanecerá para siempre, reconstituyendo a la humanidad en su más

alta vocación, simplemente porque existe una divina “fantasía de la caridad”⁵.

Lágrimas benditas...

De ahora en adelante, la historia humana ya no será la misma: la antigua culpa será proclamada “feliz” (pregón pascual) por la sobreabundancia de la gracia (cf. *Rm* 5, 20), precisamente allí donde la tragedia del pecado había estigmatizado la infelicidad de la rebelión. Por esto, a la cultura de la violencia de Lámelec, será victoriosamente opuesta la cultura de la misericordia, atestiguada por la pregunta de Pedro: «*Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?*». Jesús le contesta: «*No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*» (Mt 18, 21-22).

Es la misericordia la que construye su cultura. Se puede ver en la lógica de las bienaventuranzas proclamadas por Jesús

El primer misericordioso es Jesús: las bienaventuranzas son los ocho retratos perfectos de él. Él realizó la obra de la misericordia del Padre y pagó con la propia sangre, derramada hasta el fondo. En él encuentra su raíz la verdadera “cultura” de la misericordia.

como el “programa” mesiánico: las situaciones negativas de la humanidad (pobreza, llanto, privaciones de la voz, hambre y sed de la justicia) comienzan a iluminarse por la comunión del Reino que se hace presente a partir de los “misericordiosos”, es decir, aquellos que se convierten en “canales humanos” de la misericordia del Padre, la que concede el Reino, consueta, entrega la tierra, sacia... Junto a los puros de corazón y a los artífices de paz, aun padeciendo la

persecución, estos son los factores del mundo renovado (cf. *Mt* 5, 3-10).

Pero el primer misericordioso es Jesús: las bienaventuranzas son los ocho retratos perfectos de él. Él realizó la obra de la misericordia del Padre y pagó con la propia sangre, derramada hasta el fondo. En él encuentra su raíz la verdadera “cultura” de la misericordia. Antes de hacerla fluir de su costado abierto en la cruz, Jesús la había comunicado, “administrado”, ilustrado... No se puede creer en el Evangelio sin tener presente su “corazón”, que es la historia del Padre misericordioso, pródigo en su liberalidad hacia el hijo perdido y reducido a la nada (cf. *Lc* 15, 11-23). El *suum cuique*, el sentido de las simetrías del deber –presente en el hijo mayor– no refleja la madurez alcanzada por el hijo pródigo a través de la experiencia de la misericordia que le ofrece su padre: aunque siempre fue fiel, el primogénito está encarcelado en el cálculo, mientras que el otro se viste de fiesta por el descubrimiento de la gratuidad del amor.

Igualmente las otras parábolas: la del buen samaritano, que se siente libre de tener compasión forzosa, porque no es prisionero de las leyes culturales de pureza, inventadas por la falsa organización cultural del fenómeno religioso (cf. *Lc* 10, 25-37); también la parábola del administrador precavido y astuto, paradójicamente, siempre según el evangelista de la misericordia, Lucas, no refleja otra cosa que la actitud de Jesús mismo, acusado por los “puros” de despilfarrar los dones de la gracia divina a personas absolutamente indignas (cf. *Lc* 16, 1-8).

Quien me ve a mí, ve al Padre: diversas lógicas de la misericordia

La misericordia del Padre, hecha visible y tangible en Jesús, es un acto para salvar, motivado por la compasión profunda que

parte de las entrañas de misericordia (*rahamim*, el seno “femenino” de Dios cf. *Is* 49, 15; 54, 10). Como en el Antiguo Testamento el Señor de Israel se revelaba incansablemente manifestando su proximidad, con intentos de renacimiento y proyectos de la nueva creación, así Jesús es capaz de no descansar, cuando son tantos los que llaman a la puerta, ocupándole incluso el tiempo para comer (cf. *Mc* 3, 20).

Cuando de hecho decide llevarse a los suyos a un lugar solitario para tener una “pausa”, no hará sino instruirles acerca de que su yugo es llevadero y su carga ligera, si están motivados por la pasión por la humanidad, descarriada y sin pastor (cf. *Mc* 6, 34). Precisamente en esta ocasión, Jesús revela a los doce su camino: ser el pan partido para la vida de la gente (cf. *Mc* 6, 41).

Por eso Jesús no escatima: lo encontramos que atraviesa Samaría para convertirse en la fuente interior de la mujer samaritana y junto con ella de toda su ciudad (*Jn* 4, 1-28). En esta ocasión sorprende a los discípulos por estar hablando con una mujer solitaria y pagana. Está pronto a incomodarse para ir a casa de un centurión romano para curar a su siervo enfermo, mientras que bastaba el poder de su palabra para obrar la curación (cf. *Mt* 8, 5-13). Se expone a las provocaciones, para salvar al otro, como en el caso de la mujer adúltera (cf. *Jn* 8, 3-11).

Sin embargo, la misericordia del Padre, en Jesús, revela a veces rasgos sorprendentes, casi inesperados. Basta pensar en los gritos de la mujer sirofenicia, a la que parece que no quiere concederle la gracia, no destinada a los “perros” (cf. *Mc* 7, 24-30). Impresiona también el rechazo de plano en intervenir en la disputa entre dos hermanos que litigan por la herencia (cf. *Lc* 12, 13). Otra lógica de la misericordia de Jesús brilla en la forma con que trata al ciego de nacimiento después de haberle dado la vista: ¡Jesús le deja completamente solo en los momentos más deli-

cados de la interpretación del bien recibido! No escapará a los estudiosos esta extraña ausencia de Jesús, la más larga en el Evangelio de Juan, contraria a las expectativas del lector moderno (cf. *Jn* 9, 1-41).

Si, según el papa Francisco, la Iglesia es como un hospital de campaña en un mundo desgarrado por guerras y necesitado de curas, la misericordia es la medicina. Dependiendo de la enfermedad, en un caso se tendrá que amputar algo y para salvar así el resto, en otro emplear las artes dolorosas a través de una larga serie de duros ejercicios.

Existe realmente un oculto misterio de fecundidad diferente. En este sentido, Cristo mismo tendrá que reconocer el momento más fecundo de su vida, la hora de la muerte por amor, precisamente cuando se sienta abandonado por el Padre, el único “referente” de su existencia, para entrar como Jesús hombre en la forma divina del ágape: amar sin apoyos y sin refuerzos externos. Justamente en aquella hora, abandonado, se convertirá en la fuente de la misericordia que regenera el mundo.

Misericordia – la cultura del hombre nuevo

Si, según el papa Francisco, la Iglesia es como un hospital de campaña en un mundo desgarrado por guerras y necesitado de curaciones, la misericordia es la medicina. Dependiendo de la enfermedad, en un caso se tendrá que amputar algo y para salvar el resto, en otro emplear las artes dolorosas a través de una larga serie de duros ejercicios. Algunas heridas se curarán como bálsamo,

otras sentirán la agresión como fuego. En un caso cicatrizará la herida, en otro la reabrirá, porque se cura mal...

Lo mismo con el hombre, la cultura de la misericordia es compasión, pero también reestructuración de la persona y de su futuro. Es reconquista del Paraíso, pero también abandono de la tierra del exilio. Es abrazo, pero es también lontananza. Es sonrisa, pero también será luto. Es dulzura, pero es también firmeza. Exactamente como es el amor: «fuerte como la muerte», según el *Cantar de los Cantares* (8, 6).

Por eso Jesús no irá a Betania a tiempo para salvar a Lázaro de la muerte. El milagro que este inesplicable “retraso” provocará será aún más grande y lo manifestará al mundo como el verdadero Señor de la Vida (cf. *Jn* 11, 1-44). Por eso Jesús resucitado no se dejará “retener” por María Magdalena: de aquel «*noli me tangere*» deberá nacer el amor a él en su verdadero cuerpo que es la Iglesia hecha por hermanos (cf. *Jn* 20, 17). Por eso, a pesar de las “legítimas” protestas de Pedro, él, el maestro y el Señor, lavará los pies a los discípulos, dejando un “ejemplo” de misericordia que no encontrará jamás descanso, hasta que no haya transformado el mundo de las jerarquías de la importancia humana en una sociedad nueva, completamente curada por la reciprocidad de las misericordias (cf. *Jn* 13, 1-15) y refleje “el cara a cara” de los Tres en la Trinidad.

¹ Cf. *Homilias de Beda el Venerable*, Hom. 21; CCL 122, 149-151.

² *Francisco a los superiores generales*, 29.11.2013.

³ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 19.

⁴ San Jerónimo en la *Vulgata*, presenta así estas “coordinadas” de la victoria final, prometida en el Protoevangelio: «*benignitas* (chrestotes) et *humanitas salvatoris nostri Dei* (philanthropia), *misericordia* (eleos), *lavacrum regenerationis* (*palíngenesia*) et *renovationis* (anakainosis)».

⁵ Juan Pablo II, *Novo Millennio ineunte*, 50.

La misericordia en Chiara Lubich, camino de resurrección

Florence Gillet

Partiendo de la vida de la comunidad de Trento, en la que un pacto de misericordia unía a Chiara Lubich con sus primeras compañeras, la mirada de la misericordia se amplía hasta convertirse en participación de la vida de Jesús abriendo un camino de resurrección.

CUANDO Jesús se aparece resucitado a sus discípulos, según el evangelio de Juan, «sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22).

Pacto de misericordia

Para Juan está claro que el perdón de los pecados es uno de los lugares donde se manifiesta y resplandece la presencia del Resucitado. Entonces, ¿cómo podían unas simples muchachas, como Chiara Lubich y sus compañeras, en Trento, vivir una experiencia del Resucitado incluso sin ser capaces de estructurarla, y no haciendo la experiencia del perdón recíproco de los pecados? Viviendo el evangelio y el amor, poniendo como fundamento, como medio y como fin la palabra clave “unidad”, ¿cómo no iban a

tener una visión particular de la misericordia?

Suele suceder que cuando hemos sido heridos por una ofensa, cuando una actitud nos humilla, la reacción, si no llega a ser violenta, al menos consiste en alejarnos del ofensor, borrarlo de nuestra vida, para evitar ser contaminados por él. Lo descartamos de nuestro campo de visión mental, como si esto pusiera un poco de bálsamo en nuestra herida. Pero esto lo que hace es levantar una barrera infranqueable, y que, en un último análisis, es un rechazo de la unidad.

Chiara, en cambio, había penetrado de un modo extraordinario la oración sacerdotal de Jesús (Jn 17), y la unidad que él le pide al Padre había llegado a ser su programa de vida. El mandamiento nuevo de Jesús, sellado por el pacto de amarse *como* Jesús nos ha amado (cf. Jn 13, 34), era el

camino real para disponerse a recibir el don de la unidad. Pero podían surgir pequeñas fricciones entre sus primeras compañeras. Como buena pedagoga, Chiara no se desanimaba: sabía cómo ayudarlas a crecer en la unidad. Un día inventa en el primer focolar de Trento (años 1946-1948) el “pacto de misericordia”. Así lo cuenta Aletta Salizzoni, que entró en el focolar en 1947:

«Una mañana Chiara nos propuso: “Hagamos una promesa, como un voto de misericordia de las unas hacia las otras. No miremos los defectos, sino las cosas bonitas que cada una de nosotras tiene en su corazón”. Nos invitó a recordar la primera vez que nos conocimos. Hicimos un pacto, comprometiéndonos mutuamente a vernos “nuevas” al despertarnos cada mañana, como si fuera la primera vez, y viendo a Jesús en cada una»¹.

La misericordia es de regla

Durante su vida, Chiara presentó muchas razones para convencer a los suyos de la necesidad de la misericordia. Su visión está profundamente arraigada en el evangelio, y lo que propone en síntesis es ir hasta el fondo de nuestro ser-imagen-de-Dios. Si en el Cielo la misericordia es la regla, debe serlo también en la tierra. Si la humanidad es una, si somos todos hijos de un mismo Padre, entonces nuestra mirada debe convertirse y conformarse a la de Dios. He aquí algunos ejemplos:

«¿Cuántas veces, entre hermanos que han decidido ir unidos hacia Dios, la unidad languidece, el polvo se interpone entre alma y alma y decae el encanto, porque la luz que había surgido entre todos lentamente se apaga! Este polvo es un pensamiento o un apego del corazón hacia uno mismo o hacia los demás: un amar por sí mismo y no por Dios, o al hermano o a los hermanos por ellos y no por Dios; otras veces es un retirar el alma que se había dado a los demás; un concen-

trarse en el propio yo, en la propia voluntad, y no en Dios, en el hermano por Dios, en la voluntad de Dios. Muchas veces es un juicio errado sobre quien vive con nosotros. Nos habíamos dicho que queríamos ver solo a Jesús en el hermano, tratar con Jesús en el hermano, amar a Jesús en el hermano, pero ahora asoma el recuerdo de que tal hermano tiene ese o aquel defecto, que tiene esta o aquella imperfección.

Nuestra visión se complica y nuestro ser ya no es iluminado. Como consecuencia, se rompe la unidad, errando. Quizá ese hermano, como todos nosotros, ha cometido errores, pero ¿cómo lo ve Dios? ¿Cuál es en realidad su condición, la verdad de su estado? Si él está bien delante de Dios, Dios ya no recuerda nada, todo lo ha borrado con su sangre. ¿Por qué recordarlo nosotros?

«Una mañana Chiara nos propuso: “Hagamos una promesa, como un voto de misericordia de las unas hacia las otras. No miremos los defectos, sino las cosas bonitas que cada una de nosotras tiene en su corazón”... Hicimos un pacto, comprometiéndonos mutuamente a vernos “nuevas” al despertarnos cada mañana, como si fuera la primera vez, y viendo a Jesús en cada una».

¿Quién está en el error en ese momento, yo que juzgo o el hermano? Sin duda que yo. Entonces debo ponerme a ver las cosas con los ojos de Dios, en la verdad, y tratar de un modo correcto al hermano, que, si por desgracia aún no se hubiera puesto a bien con el Señor, el calor de mi amor, que es Cristo en mí, lo debe llevar a compunción, como el sol que reabsorbe y cicatriza tantas llagas. La caridad se mantiene con la verdad y la verdad es misericordia pura, con la que tenemos que estar revestidos de pies a cabeza para poder llamarnos cristianos»².

Las palabras de Chiara nunca son moralizantes. Para ella la misericordia fluye naturalmente de que somos hijos de Dios, hermanos entre nosotros. La misericordia es un imperativo, ciertamente, pero que deriva de un indicativo. No es un pesado “debemos”, sino un alegre y liberador “podemos”. Es una simple consecuencia de nuestro bautismo vivido, de que con él nos hemos convertido en otro Jesús:

«El alma, para ser Cristo, ha de ser como Él: Salvador-misericordia. Porque Cristo no vino para “aparentar”, sino para apañar lo que estaba roto, para salvar lo que estaba perdido, para amar y atraer a quien estaba separado. El alma ha de sentir que está en la tierra para realizar idéntica función de “misericordia”. Y nunca será tanta como debe ser como cuando, igual que Jesús, realiza “obras de misericordia” = obras de un corazón que es todo misericordia. El alma realizará su Ideal (único ideal de Jesús): “Ut omnes unum sint”, cuando fructifique el momento presente al servicio del prójimo»³.

«Quizá ese hermano, como todos nosotros, ha cometido errores, pero ¿cómo lo ve Dios? ¿Cuál es en realidad su condición, la verdad de su estado? Si él está bien delante de Dios, Dios ya no recuerda nada, todo lo ha borrado con su sangre. ¿Por qué recordarlo nosotros?»

El amor no ignora los errores de los demás, no los relativiza, sino que los mira de frente y pide perdón a Dios por ellos, haciéndose abogado y defensor. Esta es la actitud de Abrahán, de Moisés y de algunos profetas. Pero es sobre todo la de Jesús, que ama hasta la cruz y el abandono, al que Dios ha hecho “pecado” para que en él fuéramos justicia de Dios (cf. 2Co 5, 21). Escribe Chiara:

«Por cada error de mi hermano, pido perdón

al Padre como si fuera mío, y es mío porque mi amor lo hace suyo. Así soy Jesús. Y soy Jesús Abandonado siempre ante el Padre como Pecado y en el más grande acto de amor hacia los hermanos, y por tanto hacia el Padre. Así pues, todo pecado es mío. Así soy Jesús, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. De hecho, mi amor los paga, quemándolos»⁴.

Un camino de perdón

Esta exigencia tal vez nos induzca a pensar que propone algo imposible, que es demasiado difícil, corriendo así el riesgo de aguar nuestra vida evangélica y dejar vivir dentro de nosotros de modo sutil al hermano mayor de la parábola del hijo pródigo, o al fariseo que desprecia al publicano; convirtiéndonos en cristianos que renuncian a la unidad querida por Jesús.

Hace mucho tiempo, tratando de modelar mi vida según la suya, me ayudó a entender la profundidad de la misericordia tal como Chiara nos lo había enseñado en un largo escrito. Me pereció encontrar en aquel texto, descritas con precisión y teniendo a Chiara misma como protagonista, las etapas de un camino de perdón, aun cuando no se nombraba nunca la palabra perdón. Se trata de un espléndido documento, espiritual y místico, rico en contenido bajo muchos puntos de vista: *La resurrección de Roma*, fechado en octubre de 1949⁵.

El contexto

El contexto del escrito es importante. Chiara había llegado poco antes a Roma, donde algunas personas se habían sentido atraídas por la vida evangélica que alrededor de ella había surgido en Trento. Pero no encuentra en la Roma de la posguerra aquella Roma de los primeros cristianos y de los mártires, que tal vez ella había idealizado. Por el contrario, «el mundo con sus im-

purezas y vanidades reina ahora en las calles y, más aún, en los escondrijos de las casas donde se halla la ira con todo tipo de pecados y agitación». Para Chiara el contraste es estridente, más aún porque apenas acababa de vivir con sus primeras compañeras y primeros compañeros un período extraordinario de unión con Dios, durante el cual se iluminaron muchas verdades de la fe, hasta el punto de que se había llamado a aquel período el “Paraíso del 49”.

Ante tal contraste, es fácil caer en el desánimo y rendirse a una triste evidencia: ¡el ideal de unidad y de fraternidad entre los hombres que ella había tratado de promover desde hacía muchos años en medio de inmensas alegrías y de indecibles dolores, es un ideal utópico!

El ejemplo de Jesús

Chiara no se vio libre de esta sutil tentación («Y llamaría utopía a mi Ideal»), pero ella retoma enseguida el control mirando a Jesús y pensando en lo que él habría hecho en su lugar. Él también «vio que lo rodeaba un mundo como este y que, en la culminación de su vida, pareció quedar arrollado por él, vencido por el mal». Pero él —esa es su fuerza— «contemplaba rezando de noche el Cielo allá arriba y el Cielo dentro de sí, donde la Trinidad vivía y era el Ser verdadero, el Todo concreto, mientras que fuera, por las calles, caminaba la nulidad que pasa». Aunque “insatisfecho y triste”, y aunque «miraba el mundo tal como lo veo yo, no dudaba».

Modela su actitud según la de Jesús: «También yo hago como Él para no separarme de lo Eterno, de lo Increado, que es la raíz de lo creado y la Vida del todo, para creer en la victoria final de la Luz sobre las tinieblas».

El primer paso para quien trata de vivir la misericordia es dejarse habitar por Dios, enraizarse en Él. Así expresa Chiara su determinación: «Paso por Roma y no la quiero

mirar». En vez de mirar el mal que hay en el otro para condenarlo, unirse a la vida divina que hay en nosotros:

«Miro al mundo que está dentro de mí y me aferro a lo que tiene ser y valor. Me hago un todo con la Trinidad que descansa en mi alma iluminándola de Luz eterna y llenándola de todo el Cielo poblado de santos y de ángeles, que, al no estar sujetos al espacio ni al tiempo, pueden encontrarse todos reunidos con los Tres en unidad de amor en mi pequeño ser».

«Por cada error de mi hermano, pido perdón al Padre como si fuera mío, y es mío porque mi amor lo hace suyo. Así soy Jesús. Y soy Jesús Abandonado siempre ante el Padre como Pecado y en el más grande acto de amor hacia los hermanos, y por tanto hacia el Padre. Así pues, todo pecado es mío. Así soy Jesús, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. De hecho, mi amor los paga, quemándolos».

Esta es la verdad que me libera: el mal moral que me rodea y amenaza envolviéndome, la ofensa recibida no es sino la «nulidad que pasa». ¡No existe! ¿Cómo podría ocupar esto el lugar de lo que es nuestro “Ser verdadero”, la raíz de nuestro ser y que puebla nuestra alma con todos los habitantes del cielo?

Una mirada nueva: la de Cristo

Cerrados los ojos del alma ante lo que es “nulidad”, para abrirlos a la verdadera vida que palpita en nosotros, nos transformamos en Cristo, y nuestra mirada ya no está apagada, de modo que —continúa Chiara— «a través de la pupila que es vacío del alma, por el que pasa toda la Luz que hay dentro (si dejo vivir

a Dios en mí), miro el mundo y las cosas».

He aquí lo asombroso:

«Ya no soy yo la que mira; es Cristo el que mira en mí y de nuevo ve ciegos a los que iluminar, mudos a los que devolver el habla y tullidos a los que hacer andar. Ciegos a la visión de Dios dentro y fuera de sí. Mudos a la Palabra de Dios que, sin embargo, habla en ellos y podrían transmitir a los hermanos despertándolos a la Verdad. Tullidos inmovilizados, que ignoran la divina voluntad que desde el fondo del corazón les estimula al movimiento eterno que es Amor eterno, en el que, si transmitimos Fuego, somos incendiados».

Quemados por el Fuego divino, participamos del corazón de Dios, compartimos su mirada y revivimos la ternura de Dios, las entrañas de madres, de las que tan bien cantan los profetas y que Jesús nos reveló en plenitud. Y así *«si abro de nuevo los ojos al exterior, veo a la humanidad con el ojo de Dios, que todo lo cree porque es Amor».*

Renacemos los dos

El camino va más allá y nos espera otra etapa. Esta mirada al otro no es fingimiento, no es una representación teatral, sino simplemente verdad: *«Veo y descubro en los demás mi misma Luz, mi verdadera Realidad, mi auténtico yo en los otros (quizá oculto o secretamente camuflado por vergüenza), y al volver a encontrarme a mí misma, me reúno conmigo resucitándome –Amor que es Vida– en el hermano».*

La misericordia devuelve la vida no solo al otro, sino a nosotros mismos y nos hace prolongar a Cristo:

«Así prolongo en el hermano a Cristo que hay en mí y compongo una célula viva y completa del Cuerpo Místico de Cristo, célula viva, hogar de Dios, que posee el Fuego para comunicar y, con él, la Luz. Es Dios, que de dos hace uno, situándose como tercero, como relación entre ellos: Jesús entre nosotros».

Chiara concluye con una frase que sintetiza todo el recorrido, desde la indignación a la resurrección propia y ajena: *«Pero es preciso tener el valor de no prestar atención a otros medios [...]. Es necesario que Dios renazca en nosotros, mantenerlo vivo y verterlo sobre los demás, como oleadas de Vida, y resucitar a los muertos».* Mucho más que un bálsamo para nuestra alma o la de los demás, la misericordia es un anticipo de resurrección, de vida eterna.

«Así prolongo en el hermano a Cristo que hay en mí y compongo una célula viva y completa del Cuerpo Místico de Cristo, célula viva, hogar de Dios, que posee el Fuego para comunicar y, con él, la Luz. Es Dios, que de dos hace uno, situándose como tercero, como relación entre ellos: Jesús entre nosotros».

Hemos seguido a Chiara partiendo de la vida de una comunidad cristiana, donde siempre es necesario el perdón recíproco y donde un pacto de misericordia nos vincula unos a otros, haciendo de nosotros un cuerpo, aunque es verdad que cada uno ha de ser el primero en perdonar, sin el temor a tener que asumir el fallo del hermano. Luego, esta mirada de misericordia se va ampliando hasta llegar a ser participación de la vida de Jesús, de su corazón por toda la humanidad.

¹ V. Salizzoni, *Aletta racconta... Una trentina con Chiara Lubich*, Città Nuova, Roma 2013.

² Escrito anterior a 1959, en C. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002.

³ Escrito del 2 diciembre 1946, en Id., *L'Unità*, en *Nuova Umanità*, XXIX (2007/6).

⁴ Escrito inédito de agosto 1949.

⁵ Cf. C. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, 234-237.

Los conflictos y la vida en la comunidad religiosa

Alessandro Partini, o.f.m.

“Expertos en comunión”. Así define la Iglesia a los religiosos en varias ocasiones. Como si la comunión pudiera darse por descontada en la vida religiosa. En realidad, es ante todo un don de lo alto; después también una conquista cotidiana, que pasa por fases de aparente no-comunión y de conflicto, y de cómo se afronten estos momentos depende la realización del don de la comunión, “perla” de la vida religiosa para la Iglesia y para el mundo.

El contexto evangélico: discurso eclesiológico de Mateo

Comienzo con unas breves reflexiones del conocido discurso eclesiológico del evangelio de Mateo (Mt 18), en el cual se trata de los posibles conflictos en la comunidad y de cómo afrontarlos. En especial, los vv. 15-18 ponen de relieve que la corrección fraterna forma parte de la vida de la comunidad cristiana, y por tanto también de una comunidad religiosa. Todos experimentamos que no es fácil, pero si una comunidad no vive la corrección fraterna, no puede llamarse cristiana.

Por otra parte, los vv. 21-35 (la parábola del siervo sin entrañas) nos muestran que para afrontar el dinamismo de la vida fraterna, se necesita la misericordia: «¿No debías tú también compadecerte de tu compañero?» (v. 33). La fuente de la solución

del conflicto es, en el fondo, una misericordia ya recibida, para poder darla también a los demás. Como escribía Bonhoeffer, si uno no sabe perdonar, es porque aún no ha descubierto que ha sido perdonado por Dios¹.

Es interesante que Jesús inicie el discurso eclesiológico hablando de la *prioridad de los más pequeños* y después de la oveja perdida, que recibe de él más atención que todas las demás: «De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños» (v. 14). Por eso en el centro del interés comunitario no se pone al “más grande”, sino “al pequeño”, palabra que puede interpretarse en varios sentidos, pero aquí “el menor” es el que más cuenta. Esta es una regla muy importante: quien es menos capaz desde el punto de vista físico, psicológico, espiritual, el que parece tener

menos voz en capítulo, aquel a quien nadie tiene en consideración, este es el que está en el centro de la atención del Señor, y por tanto así ha de ser también en la comunidad cristiana. Y en los vv. 19-20 parece darse una clave de solución: la oración. Por eso la resolución del conflicto no se confía a las solas fuerzas humanas. Efectivamente, ahí se habla de quien se pone de acuerdo en la oración y está reunido en el nombre de Jesús. El conflicto no lo resolvemos solos. Ni solos con Dios, ni solos entre nosotros, sino con ambas referencias: con Dios y con el hermano.

El conflicto radica en el corazón del hombre

Desde un punto de vista existencial, el conflicto tiene en realidad raíces en toda persona (cf. GS 10). Hay un ansia presente en el corazón humano, en la lucha entre sus deseos, que tienden al infinito, y sus límites, que no le permiten alcanzarlos. Por eso hay un aspecto personal del conflicto que no se debe olvidar, pues, en caso contrario, podríamos intentar de resolverlo no donde nace, sino actuando únicamente en la comunidad donde se manifiesta. Si uno vive de misericordia, acepta al otro incluso cuando este no sabe amar. Eso indica una decisión personal al afrontar una lucha ante todo dentro de sí, por lo que uno está dispuesto a amar incluso cuando no es amado.

También está el aspecto interpersonal del conflicto. Cuando las distintas personas se juntan, las disposiciones positivas de cada uno pueden entrar en sinergia, chocar (o entrambas cosas). En general, cuando se mezclan conflictos personales no resueltos, el conflicto comunitario se convierte en más grande y puede crecer poco a poco con el aumento del número de personas conflictivas.

La dificultad para afrontar ciertos temas

Todos experimentamos la dificultad para afrontar un conflicto comunitario, que puede ser de varios tipos. La dificultad puede ser consciente. Por ejemplo, veo que existe un problema, pero no lo quiero afrontar y me digo «déjalo estar», «a mí qué más me da, en el fondo estoy bien así; que los demás hagan lo que quieran»².

Esta es una regla muy importante: quien es menos capaz desde el punto de vista físico, psicológico, espiritual, el que parece tener menos voz en capítulo, aquel a quien nadie tiene en consideración, este es el que está en el centro de la atención del Señor, y por tanto así ha de ser también en la comunidad cristiana.

Pero también puede ser inconsciente. No es que no quiero afrontar el conflicto, sino que no sé cómo. Muchas veces nos encontramos en esta situación y decimos: «¿Qué hacemos? He intentado esto y no resulta, aquello otro y tampoco», y no sabemos qué camino tomar para encontrar una solución. Y también existe la dificultad patológica, que es cuando no se puede hablar y afrontar el conflicto. Entonces se necesita una intervención especial de personas competentes.

Algunos tipos de problemas

Para describir los posibles conflictos en la comunidad, es útil, por ejemplo, distinguir el conflicto interno, que afecta a la vida de comunión dentro de la comunidad y la relación entre sus miembros, del con-

flicto externo, que se refiere a la misión, a cómo desarrollamos nuestro trabajo externo. Para resolver un conflicto externo es importante que sean afrontados los conflictos internos. Si decimos: «*trabajamos juntos pero no hablamos de nosotros*», o sea, no entramos en comunión, no se funciona, no se resuelve tampoco el conflicto externo y, al final, el trabajo no da los frutos que debería. Por eso hay que partir de la dimensión interna.

Otra distinción útil se da entre el aspecto de la relación y el del contenido. A veces se entra en conflicto por un contenido. Por ejemplo, una persona dice: «*La maceta se tiene que poner encima de la mesa*», y otra: «*No, se tiene que poner en la ventana*», y por esto se entra en conflicto. O bien: «*Pintemos la puerta de verde*», «*No, de amarillo*», etc. Este es un conflicto que afecta al contenido del mensaje que cada uno quiere transmitir al otro. Pero en realidad a veces el desacuerdo a nivel de contenido nace de un desacuerdo más profundo, o sea a nivel de relación, que en general no emerge.

Si se dialoga, se diría: «*¿Quién decide dónde hay que poner esta maceta, yo o tú?*». O sea, ¿quién es el que manda, quién es el que sabe y dice al otro cómo se han de hacer las cosas? Si no se está en condiciones de ascender a la relación, no se resuelve ni siquiera el conflicto a nivel de contenido. Por eso es importantísimo “saber perder”, estar dispuestos a ceder en muchas cosas de contenido concreto, para que se pueda llegar a hablar de relación. Saber perder es fundamental, naturalmente sin renunciar a valores esenciales.

Dos áreas especialmente sensibles en las comunidades

Las áreas principales de conflicto dentro de una comunidad son dos: un área que gira en torno a los temas de la autori-

dad y otra que gira en torno a la intimidad de relaciones. Normalmente, respecto a la primera, hay quien es más propenso a se-

Si no se está en condiciones de ascender a la relación, no se resuelve ni siquiera el conflicto a nivel de contenido. Por eso es importantísimo “saber perder”, estar dispuestos a ceder en muchas cosas de contenido concreto, para que se pueda llegar a hablar de relación. Saber perder es fundamental, naturalmente sin renunciar a valores esenciales.

guir una autoridad y quien lo es a actuar por su cuenta, de modo que a veces en la comunidad se crean dos grupos formados por aquellos que tienen disposiciones semejantes. Lo importante entonces es crear puentes entre los dos grupos, que, si no, pueden entrar en conflicto entre ellos. Esto lo puede hacer quien posee flexibilidad interior, porque es capaz sea de actuar por su cuenta, sea de seguir a una autoridad. Por esta doble capacidad, sabe hacerse cercano a unos y a otros, creando canales de comunicación entre los dos modos instintivos de ser, que preceden al razonamiento.

Así, en el área de la intimidad, hay quien tiende a decir, más quizá con la vida que con las palabras: «*Estamos siempre juntos, dejadnos respirar un poco*». Otros, en cambio, dicen: «*Somos una comunidad; si yo no sé todo lo tuyo, eso significa que no soy tu hermano*». También aquí hay que tratar de encontrar mediaciones por parte de personas que sean libres en esta área, es decir, que, por una parte, son capaces de perderse completamente en el otro, y, por la otra, saben respetar la privacidad cuando es preciso.

Modos equivocados de afrontar los conflictos

Existen también *modos equivocados* de afrontar los conflictos, por ejemplo, *huir* de ellos, fingir que no existen, me desentendiendo de ellos. Otro modo equivocado es la actitud del «*jahora verás tú!*». Nunca se dice en estos términos, pero al final el sentido es ese. O bien dejarse guiar según un «*hago lo que dices tú*», que, a primera vista, resuelve el conflicto, pero que en realidad no es así. Por eso puede haber falsas soluciones, que crean una comunión solo aparente sobre las arenas movedizas de los conflictos no expresados. A veces no se logra afrontarlos y se asiste impotentes al *perpetuarse* de los conflictos. Otras veces, en cambio, se consigue realizar *verdaderos procesos de resolución*. Otra cosa que añadir es que un cierto grado de conflicto es necesario porque donde todo va demasiado bien quizá no todo funciona, en el sentido de que no aflora la verdadera realidad.

Algunos pasajes de resolución

Wynne sostiene que ante todo se requiere un tipo de pertenencia afectiva: si a mí no me importan nada las personas con las que vivo, la relación entre nosotros no gozará de buena salud. Por eso se precisa al menos un cierto sentido de pertenencia del cual partir, y justamente hoy, en la vida religiosa, se valora tanto el sentido de pertenencia.

Esto, sin embargo, no es suficiente. Incluso cuando hay amor pueden nacer conflictos; entonces es importante el diálogo, lograr comunicar los propios puntos de vista y las diferencias clara y libremente. Es un arte porque no es fácil; por tanto, hay que dedicarle espacio y tiempo. De hecho, una realidad puede ser patrimonio de la comunidad si es patrimonio de todos: no si algu-

no queda excluido. Por tanto, se necesitan momentos comunitarios de diálogo y de profundización.

Pero tampoco esto basta. Ante los problemas que surgen cuando se comunican las diferencias, es importante que la solución no se confíe a una persona, ni a un grupo de personas, sino, dentro de la distinción de roles, los problemas encuentren soluciones que sean compartidas por todos lo más posible; es decir, cada uno tiene su parte al afrontar los problemas. El último también tiene su palabra que decir, igual que el primero.

Incluso cuando hay amor pueden nacer conflictos; entonces es importante el diálogo, lograr comunicar los propios puntos de vista y las diferencias clara y libremente. Es un arte porque no es fácil; por tanto, hay que dedicarle espacio y tiempo. De hecho, una realidad puede ser patrimonio de la comunidad si es patrimonio de todos...

Con estas condiciones, se puede llegar poco a poco a una reciprocidad, a un amor que después hace que nazca el sentido de intimidad típico del ser hermanos y hermanas: se está bien juntos, y esto aumenta el sentido de pertenencia a un nivel más profundo.

Este proceso no es fácil, y lógicamente tiene sus costes, que debo ser capaz de pagar personalmente. Se requiere entonces la referencia a los valores, a los ideales que pueden dar ánimos para afrontar el conflicto: el modelo supremo de todos y de cada uno es la persona del Señor crucificado y resucitado. Él nos comunica la capacidad de entrar en el conflicto hasta el fondo con una óptica de esperanza; y en esta óptica

sabemos que, incluso cuando no podemos resolver completamente el conflicto, valdrá la pena hacer la propia parte por pequeña que sea.

Para una cultura de la misericordia

En conclusión, hay necesidad de una cultura de la misericordia. San Juan Pablo II, a propósito del conflicto serbo-bosnio, hablaba del perdón como única posibilidad de solución auténtica y de sanación de las heridas, lo cual es aplicable a todos los conflictos, incluso a los más personales.

En efecto, no se puede resolver un conflicto sin una referencia a algo más grande: para nosotros, cristianos, al amor recíproco que nos enseña el Señor; si se mira ahí, podemos caminar juntos hacia ese valor, sacrificando por él otras realidades que importan menos. En caso contrario, ¿para qué sacrificar, si no es por algo más importante? Por eso, a nivel personal, para ser capaces de afrontar los conflictos, es necesaria la siempre inacabada conversión a vivir el evangelio.

San Francisco escribía a un ministro provincial: «*Que no haya ningún fraile del mundo, que haya pecado todo lo que es posible pecar, después de haber visto tus ojos, se marche sin tu perdón misericordioso*»³. Leer el perdón en los ojos es una realidad muy hermosa porque nace de un corazón pacificado, capaz de dar misericordia y de comunicarla incluso sin palabras.

No se puede resolver un conflicto sin una referencia a algo más grande: para nosotros, cristianos, al amor recíproco que nos enseña el Señor; si se mira ahí, podemos caminar juntos hacia ese valor, sacrificando por él otras realidades que importan menos.

Otra dimensión que ayuda a afrontar juntos los conflictos, y que puede difundirse oportunamente cada vez más, es *una praxis evangélica de corrección fraterna* cada vez más auténtica, sea a *nivel personal*, sea a *nivel comunitario*, donde se aprende a decirse unos a otros, delante de la comunidad, lo que se ve de bueno, para animarse a crecer compartiendo el bien, y también lo menos bueno, para ayudarse personalmente y como comunidad; entonces se experimenta que lo negativo, si se acepta y se comparte en un clima de caridad, se convierte en una gran fuerza de maduración.

¹ Cf. D. Bonhoeffer, *Vida de Comunidad*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1999.

² Por ejemplo, hay un hermano o una hermana que crea un problema y nadie se interesa para ver lo que está sucediendo, sino que más bien se comenta a las espaldas, o porque se teme de hacerse los “responsables”, o porque se teme la reacción del otro.

³ *Carta a un ministro*, en *Fuentes Franciscanas*, n.235, Padova 2004.

«*Cuántos desiertos debe atravesar el ser humano también hoy. Sobre todo el desierto que está dentro de él, cuando falta el amor de Dios y del prójimo, cuando no se es consciente de ser custodio de todo lo que el Creador nos ha dado y nos da. Pero la misericordia de Dios puede hacer florecer hasta la tierra más árida, puede hacer revivir incluso a los huesos secos (cf. Ez 37,1-14)*».

Papa Francisco, *Mensaje Urbi et orbi*, 31 de marzo, Roma, 2015.

El papa Francisco. Su estilo comunicativo nos interpela

Michele Zanzucchi

El estilo comunicativo del papa Francisco es sin duda innovador para un pontífice. Directo y eficaz, apunta directamente al objetivo, incluso cuando se trata de afrontar temas delicados como la guerra, el conflicto, la misericordia...

SEGÚN los colegas argentinos, Jorge Mario Bergoglio era un hombre de comunicación sencilla y directa, pero ciertamente no había cosechado en su patria el aprecio que ha registrado en Roma en los dos primeros años de su pontificado. Sobre todo no tenía esa sonrisa contagiosa que se ha convertido como en su *marca*, junto con la severidad de ciertos momentos de intensa oración y reflexión y su estilo propio.

Son numerosos los colegas que han tratado de profundizar en el estilo y la comunicación del papa Francisco. Con estas pocas notas no pretendo añadir mucho, pero quiero que sean un homenaje a las novedades comunicativas del papa venido de las periferias del mundo.

Las novedades comunicativas del papa Bergoglio

Ante todo, hay que subrayar la sencillez

de su vocabulario, a menudo popular y a veces marcado por traducciones erróneas de su lengua madre, el castellano. El florilegio de un tal lenguaje creador de imágenes es larguísimo: olor a oveja, puñetazo, periferias existenciales, ternura, buenos días y buenas noches, escuchar, comer una pizza... El uso sencillo de estas frases tan corrientes y nada pretenciosas lleva a las masas y a las personas a sentir una fuerte cercanía con el pontífice, considerado como “uno de nosotros”, y no un monarca o un hombre de curia y de poder. Si además asociamos estas palabras a sus gestos –abrazar a los enfermos, lavar los pies, las palmadas en los hombros, abrazar a los niños, cambiar de solideo para ponerse el que le ha traído un niño...–, emerge un estilo comunicativo directo y no mediatizado por el papel que desempeña ni por las tradiciones vaticanas.

Corolario a esta primera novedad del vocabulario es que vemos que Francisco

huye decididamente de toda “eclesialisis”, de toda *langue de bois*, como dirían los franceses, privilegiando una comunicación absolutamente clara y sin segundas intenciones. Otro corolario: el papa no habla nunca a Esparta para que entienda Atenas. Su aparentemente escasa diplomacia oratoria (ha suscitado reacciones a veces indignadas en Ucrania y Rusia el hecho que el papa haya denunciado abiertamente un conflicto, el del Donbass, que se combate «entre hermanos en la fe de Jesucristo») no está privada de un trabajo sutil (¿jesuítico?) que quiere llevar a todos a mirar la verdad sin fingimientos.

Por tanto, la perspectiva de la comunicación bergogliana es más existencial que metafísica, más pastoral que teológica, más popular que aristocrática. Y eso disgusta a no pocos puristas de la tradición vaticana y a quien lo considera un hombre que ha abandonado el registro “de las certezas” para colocarse en la peligrosa pendiente “de la duda”.

Además, el papa Francisco es sudamericano y no lo oculta nunca. Hace de su excentricidad respecto a Europa un dato factible y una ocasión para hablar al mundo entero. Así, por ejemplo, le gusta seguir la tradición sudamericana de dialogar con el público durante una misa o durante un encuentro con millones de personas. Son célebres sus “toma y daca” con los más de tres millones de jóvenes en la Jornada mundial de la juventud de Río de Janeiro.

Además, la modernidad, la contemporaneidad del lenguaje del papa Bergoglio es sorprendente: usa con naturalidad un lenguaje corto, hecho de eslóganes y de sentencias, de aforismos, muy adecuados, por ejemplo, para ser divulgados en ciertas redes sociales como Twitter. Su hablar es «sí, sí, no, no», conciso y claro.

En su búsqueda por conseguir un contacto directo con la multitud de los creyentes y

de los no creyentes, el papa no duda en hablar “a la panza” de la gente. Es célebre su comentario al suceso de *Charlie Hebdo*, cuando afirma que si alguien habla mal de su madre, él le da un puñetazo, como dijo a los periodistas en el avión que lo conducía de Colombo a Manila.

La perspectiva de la comunicación bergogliana es más existencial que metafísica, más pastoral que teológica, más popular que aristocrática. Y eso disgusta a no pocos puristas de la tradición vaticana y a quien lo considera un hombre que ha abandonado el registro “de las certezas” para colocarse en la peligrosa pendiente “de la duda”.

Además, Bergoglio utiliza el cuerpo en asociación con las palabras: la sonrisa o la severidad son elocuentes, tanto o más que lo que dice. Y utiliza también gestos, a veces teatrales, con tal de que llegue al corazón de la gente su mensaje de paz y misericordia.

En fin, su modo de comunicar lleva a una marca, la de los pobres. El papa Francisco da voz a los pequeños y a los desheredados de la vida, a los sinvoz, y cuando habla con los poderosos no los olvidas nunca. Su “pequeña” comunicación, clara y a veces casi banal, está concebida para hacer sentir la voz de los pobres allí donde nadie la alza, procurando más bien ocultarla.

La comunicación bergogliana en el conflicto

Cuando el papa Francisco tiene que pronunciarse a propósito de alguno de los conflictos existentes hoy en el planeta, el

primer acto natural que realiza es rezar, confiar la complejidad y gravedad de cada situación al Padre que está en los cielos. Estigmatiza todas las guerras y todos los conflictos, condena la perversidad del corazón humano, denuncia las persecuciones injustificadas, pero al mismo tiempo no olvida nunca recordar que existe un Dios que es amor y que quiere nuestro bien, el único que puede sacarnos de los conflictos.

Les da voz, porque las víctimas inocentes son las que más se identifican con Cristo abandonado en la cruz. En este sentido, defiende con fuerza a las minorías cristianas amenazadas, a menudo con palabras duras... Puede hacerlo porque defiende a todas las minorías amenazadas, a todas las víctimas inocentes, vengan de donde vengan y sin importar su credo religioso.

Su frase más célebre a propósito de los diversos conflictos que tiene que tratar es la que pronunció el 13 de septiembre de 2014 en Redipuglia: «*Incluso hoy, después del fracaso de la segunda guerra mundial, tal vez se pueda hablar de una tercera guerra combatida “a pedazos”, con crímenes, masacres y destrucciones*». ¿Qué quiere decir con estas palabras el pontífice? Creo que, en la línea “jesuita” de poner al hombre frente a la realidad, tampoco quiere ocultar a los poderosos que la suma de las guerras locales, parciales, de las que se habla no es sino un auténtico conflicto mundial.

Además se ha observado a menudo que el papa Bergoglio no responde enseguida, en el momento de la emoción, sino que espera a poder hacer una reflexión más

“alta”, constructiva, y no solo destructiva. Sirva de ejemplo el “retraso” (una semana) con que afrontó la cuestión de la revista satírica francesa *Charlie Hebdo*.

El papa además tiene en cuenta los pareceres expresados por la Secretaría vaticana y por los nuncios, para “*meteduras de pata diplomáticas*”, pero no duda llevar a cabo acciones que sean fuertes y revolucionarias respecto al pasado, cuando tiene el deber de derribar muros. Así recibe a un transexual, concede una larga audiencia a movimientos revolucionarios, con Evo Morales y Leoncavallo al frente.

El papa Bergoglio va al corazón de las razones de los conflictos, no se deja enredar en contiendas del mundo político y mucho menos del militarismo. Quiere «*acariciar los conflictos*», quiere comprender y ofrecer soluciones. Pero para encontrar las soluciones, es indispensable para él ponerse delante de la verdad.

Obviamente, no se pone nunca de parte del asesino, sino de las víctimas. Les da voz, porque las víctimas inocentes son las que más se identifican con Cristo abandonado en la cruz. En este sentido, defiende con fuerza a las minorías cristianas amenazadas, a menudo con palabras duras, como hizo en el Ángelus del 15 de marzo de 2015 para estigmatizar los recientes ataques a dos iglesias cristianas en Paquistán. Puede hacerlo porque defiende a todas las minorías amenazadas, a todas las víctimas inocentes, vengan de donde vengan y sin importar su credo religioso.

En líneas generales, además, denuncia siempre con fuertes palabras a los que predicán la guerra o la justifican con razonamientos sofisticados pero cínicos; y, sobre todo, señala como malvados y delincuentes a los que venden armas, especialmente en las regiones donde están vivos los conflictos.

Con todo, Bergoglio sabe bien que no

bastan los llamamientos a la buena voluntad, sino que es útil la convicción y la implicación de los políticos y de los diplomáticos, sin los cuales ninguna paz es posible. En esto, aunque a un nivel menos vistoso, hace trabajar a su Secretaría de Estado, guiada por el Card. Parolin, y al pequeño ejército de nuncios que constituyen una auténtica diplomacia de la paz.

La comunicación bergogliana de la misericordia

El papa Bergoglio ha puesto en el centro de su mensaje público el amor a Jesús y a los hombres, cuya misericordia es una de las expresiones más entusiasmantes. La misericordia de Dios es motor, fin y camino para la misericordia de los hombres. La proclamación de un “año santo de la misericordia” es indudablemente el símbolo de esta centralidad de la misericordia en el pensamiento y en la actuación del papa Francisco.

Por eso, cada gesto suyo, cada palabra quiere ser expresión de la misericordia divina, que se hace humana. Abrazar a un enfermo de cáncer con la piel llena de pústulas y de protuberancias es acto de misericordia, es comunicación indiscutible de misericordia. Lo mismo sus invitaciones a «*tocar al enfermo*», porque solo así se manifiesta nuestra cercanía real a quien sufre.

La misericordia es para el papa la premisa necesaria de toda posible resolución de conflictos. Sin ella es ilusorio pensar que pueda llegar la paz: sería en cualquier caso una paz manca.

Para indicar que la misericordia no es algo optativo sino un deber de todo hombre que se precie como tal, y, con mayor razón para todo cristiano, el papa Bergoglio utiliza también “armas no convencionales”, distribuir estampas y rosarios, o de un paquete llamado “Misericordia”...

Todo eso para hacer bajar del pedestal a los fieles orgullosos, indicando la única vía de la misericordia, que es ser concretos.

En sus discursos y en sus gestos, el papa argentino parece usar un “círculo virtuoso” en sus afirmaciones sobre los conflictos y sobre su solución: de la infinita misericordia de Dios se pasa a la escasa misericordia de los hombres, que lleva inevitablemente al conflicto cuando se olvida la misericordia de Dios. Pero del conflicto solo se sale si la misericordia de los hombres, expresión de la de Dios, se pone en movimiento. A menudo sus palabras sobre la misericordia como solución de los conflictos llevan a la afirmación de la confianza y del perdón, como camino para la paz.

El papa Bergoglio ha puesto en el centro de su mensaje público el amor a Jesús y a los hombres, cuya misericordia es una de las expresiones más entusiasmantes. La misericordia de Dios es motor, fin y camino para la misericordia de los hombres. La proclamación de un “año santo de la misericordia” es indudablemente el símbolo de esta centralidad de la misericordia en el pensamiento y en la actuación del papa Francisco.

Finalmente, mirándolo bien, su constante invitación dirigida a la Iglesia y a todas sus partes a estar “en salida”, a no mirarse el ombligo, a no pecar de autorreferencialidad –cosas que empujan al fracaso a todo esfuerzo evangelizador– es una invitación a la comunidad civil para pasar del conflicto a la misericordia, a la paz.

Don Orione y el ministerio de la misericordia

Don Flavio Peloso, f.d.p.

El ministerio de la misericordia es para don Orione, la sustancia de su sacerdocio, el horizonte permanente de su acción caritativa. Desde esta perspectiva leemos la experiencia de este testigo de la misericordia y el amor de Dios.

SAN Juan Pablo II, que conocía bien la vida de don Orione y le definía como «*un estratega de la caridad*», «*una maravillosa y genial expresión del amor cristiano*», señaló que «*su vida, tan intensa y dinámica, nace de un secreto y una genialidad: don Orione se dejó llevar sólo y siempre por una única lógica, la del amor*»¹.

Para comprender la misericordia en don Orione, hay que partir de la experiencia que él tiene de la misericordia de Dios. En una oración de 1917 (tenía 45 años), que es también todo un programa, leemos: «*Que no olvide nunca que el ministerio que se me ha confiado es un ministerio de misericordia y tenga con mis hermanos pecadores ese incendio de caridad, que tantas veces has usado conmigo, oh gran Dios*»².

Un corazón sin fronteras

Característico en don Orione es la visión universal de la salvación y del amor cristiano que él plasmó en su lema programático “*In-
taurare omnia in Christo*” (Ef1,10). Su corazón

“católico”, universal, inspira todos sus escritos y está en la base de todas sus actuaciones. Hay una página de admirable sencillez y de mística intensa que nos puede introducir en la comprensión de lo que significa “un corazón dilatado por la caridad de Dios”. San Luis Orione, pocos meses antes de su muerte, cantó la universalidad de la Divina Misericordia en este Cántico de las almas:

No saber ver ni amar en el mundo, más que las almas de nuestros hermanos.

Almas de pequeños, almas de pobres, almas de pecadores, almas de justos, almas de extraviados, almas de penitentes, almas de rebeldes a la voluntad de Dios,

almas de rebeldes a la Santa Iglesia de Cristo, almas de hijos perversos,

almas de sacerdotes malvados y pérfidos, almas agobiadas por el dolor,

almas blancas como palomas, almas simples, puras, angelicales, de vírgenes,

almas hundidas en las tinieblas de los sentidos y en la baja bestialidad de la carne,

almas orgullosas del mal, almas ávidas de poder y dinero,

almas llenas de sí, que no se ven más que a sí mismas, almas perdidas que buscan un camino.

Almas dolientes que buscan un refugio o una palabra piadosa,

almas que aúllan su desesperación, su condenación,

o almas embriagadas con la embriaguez de la verdad vivida:

Cristo las ama a todas, Cristo murió por todas, Cristo las quiere salvar a todas entre sus brazos y en su Corazón traspasado.

Nuestra vida un canto unidos y un holocausto de fraternidad universal en Cristo.

Ver y sentir a Cristo en cada persona.

Hemos de tener en nosotros la música profundísima de la caridad.

Yo lo único que siento es una infinita, divina sinfonía de espíritus, que palpitan junto a la Cruz, y la Cruz destila por nosotros gota a gota, a través de los siglos, la sangre divina derramada por cada alma³.

El *Cántico de las almas* de don Orione es fruto de la contemplación de las miserias humanas y de la misericordia divina, nace en el corazón de un hombre bueno, que ha llegado a ser padre misericordioso de las almas. Las almas están en sus pensamientos y sentimientos porque se ha dejado involucrar en la misericordia redentora de Cristo.

Por esto don Orione quiere abrazar a todos, quiere que ningún alma se pierda. Fue el propósito y la gracia que pidió a Dios en su primera misa y terminó siendo la síntesis de su vida: *«¡Que toda esta pobre vida mía sea un solo cántico de divino amor en la tierra, porque yo quiero que sea –por tu gracia, oh Señor–, un sólo cántico de divina caridad en el cielo! ¡Caridad! ¡Caridad! ¡Caridad!»⁴.*

Amor hacia los más alejados de Dios

Hay un escrito que revela plenamente el alma de don Orione y la idea que él tiene del sacerdocio.

La finalidad del sacerdocio es la de salvar

almas e ir detrás de ellas, especialmente, de aquellas, que, alejándose de Dios, van a la perdición. Esas tienen preferencia, no de ternura, sino de paterno consuelo y ayuda en el regreso, dejando, si fuera preciso, aquellas menos necesitadas de asistencia. Jesús no vino para los justos, sino para los pecadores: *«Por lo tanto, oh mi Dios, presérvame de la funesta ilusión, del diabólico engaño de creer que yo como cura deba ocuparme sólo de quien viene a la iglesia y frecuenta los sacramentos (...). Que yo no olvide jamás, que el ministerio que me ha sido confiado es ministerio de misericordia»⁵.*

El ministerio de la misericordia es, para don Orione, la sustancia de su sacerdocio, el horizonte permanente de su acción caritativa. Es también un claro indicador de su santidad, porque *«una señal –decía Cassiano– de que el alma ha sido purificada con el fuego divino es la capacidad para tener compasión de los pecadores»*. Un hecho en la vida de don Orione puede ayudarnos a fijar el valor y el comportamiento del ministerio de la misericordia. Cuenta cómo años atrás, predicando una misión en un pueblo, había dedicado la última tarde para hablar de la misericordia de Dios. Durante la charla, no sabe por qué, dijo: *«Incluso si alguno hubiese puesto veneno en el plato de su madre y la hubiese llevado de esta manera a la muerte, si está realmente arrepentido y se confiesa, Dios, en su infinita misericordia, está dispuesto a perdonarle su pecado»*. Terminada la predicación se quedó confesando hasta la media noche y, después, se puso en camino a pie hacia Tortona. El tiempo no podía ser peor, nevaba y todo estaba cubierto de nieve. Envuelto en la capa descubrió que, a la salida del pueblo, había alguien que lo esperaba. *«Reverendo, ¿usted es don Orione? ¿Ha sido usted quien ha predicado esta tarde en la iglesia? Bien, quisiera saber si lo que ha dicho esta tarde es verdad. Quisiera saber si de verdad es cierto que, incluso si alguien hubiera metido veneno en la comida de su madre, todavía podría ser perdonado»*.

Sigue don Orione: *«No recordaba haber di-*

cho esas palabras, pero le dije: “Por supuesto que es verdad. Basta que esté arrepentido de verdad, pida perdón a Dios y se confiese; cualquier pecado, por grande que sea, será perdonado; claro que para él hay misericordia y perdón”. “Pues verá –dijo–, yo soy el que ha puesto veneno en el plato de su madre. Mi mujer y mi madre no se llevaban bien, y yo he matado a mi madre. ¿Podré ser perdonado?”. Y se puso a llorar. Me contó la historia de su vida y después se echó a mis pies: “Padre, confíeseme: yo soy el del veneno en el plato de su madre. Desde ese momento no he vuelto a tener paz. Han pasado tantos años. Desde entonces no he vuelto a confesarme”.

“Bien –le dije enseguida, confortándolo– por la autoridad que he recibido de Dios, yo te puedo perdonar este pecado”. Se puso de rodillas y se confesó llorando y le di la absolución. Después se levantó y me abrazaba y me apretaba contra sí, siempre llorando, y no se terminaba de separar de mí, tal era la alegría que le invadía. También yo lloré, le besé en la frente y mis lágrimas se fundían con las suyas. Reemprendí el camino y llegué a Tortona todo calado. Esa noche me quité las botas y me eché sobre la cama, y soñé... ¿Qué soñé? Soñé con el corazón de Jesucristo; sentí el corazón de Dios, ¡qué grande es la misericordia de Dios!»⁶.

Este episodio es una parábola que ayuda a comprender la misericordia de Dios y el ministerio de la misericordia. Don Orione ha sido definido como “un rostro de la misericordia de Dios”. Y con este rostro era reconocido por la gente que a él recurría.

El himno de la caridad

La conocida página de san Pablo (1 Cor 13, 1-8a) fue de imprescindible referencia en la vida de don Orione. Mientras vibraba comentándola, don Orione observó que san Pablo en su himno de la caridad escribió las palabras más bellas y expresó los sentimientos más elevados después de haberlos vivido. Y él bien podía cantar este himno como lo hizo, porque nadie más que él lo había sentido vi-

brar en su corazón, nadie sintió más que él el amor de Jesucristo y de la humanidad y los ecos de aquella divina poesía han llegado hasta nosotros. Porque, a partir de Cristo, la religión inspiró la caridad y con ella se fundió de tal manera, que el cristianismo sin caridad no sería otra cosa que indigna hipocresía.

Don Orione evoca siempre la unidad vital entre la caridad en las palabras, caridad en el corazón, caridad en las obras, porque «*la caridad tiene hambre de acción, es acción que sabe de eterno y de divino*»⁷. Una vez más, la elocuencia de un episodio de su vida puede ilustrar mejor que cualquier otra cosa la concreción y la belleza del actuar con misericordia.

El 13 abril de 1920, don Orione celebraba los 25 años de su primera misa. Respondiendo a un sacerdote, compañero suyo en el seminario y amigo, que le felicitó con ese motivo, don Orione respondiéndole cuenta en una carta cómo celebró él esas “bodas de plata sacerdotales”:

Querido don Casa: Aquí no se ha hecho mayor fiesta; no he querido que se hiciera fiesta por el XXV aniversario de mi sacerdocio. Ese día yo tenía que pasarlo en Bra, pero, la víspera, caí en la cuenta de que el querido clérigo Viano empeoraba, entonces me quedé en Tortona. La noche la pasé al lado de la cama de Viano y por la mañana celebré la Misa a los pies de la Madre de la Divina Providencia.

Te cuento cómo pasé la hora de la comida. Viano empeoraba, pero se mantenía consciente. Hacía días que a pesar de las lavativas, no hacía de vientre, y al mediodía, sin embargo, no nos dimos cuenta, ni él tampoco, el caso es que no llegamos a tiempo, ¡pobrecillo!

Y entonces el clérigo Don Camilo Secco, ahora subdiácono, que hace de enfermero, y es bien fuerte, levantó de la cama a nuestro querido enfermo, cambiamos toda la ropa, del enfermo y las sábanas, y así, mientras los demás almorzaban, con agua templada le lavé y limpié haciendo con nuestro querido Viano los humildes y santos oficios que una madre hace con sus niños.

Miré en aquel momento al clérigo Camilo y le vi llorar. Estábamos cerrados en la enfermería para que nadie entrase, aunque llamaban con insistencia a la puerta para que bajáramos a comer; pero pensé que era mucho mejor realizar con amor de Dios y humildad aquella santa obra, verdaderamente de Dios, y decía para mí: esto es mucho mejor que todas las predicaciones que hice. Ahora veo que de verdad me ama Jesús cuando me da ocasión de purificar mi vida y santificar así este XXV aniversario de mi sacerdocio. Y me di cuenta de que nunca había servido a Dios en el prójimo tan sublime y tan santamente como en aquel momento, mucho mejor que en todas las obras hechas en los XXV años de ministerio sacerdotal. Deo gratias, Deo gratias.

*¿Lo ves? Así nos amamos. Por la gracia de Dios que está con nosotros y por su divina misericordia, así nos amamos en Él. Ahora Viano rogará, por mí y por todos vosotros, hijos míos*⁸.

Cierto que las biografías y las hagiografías sobre don Orione nos llevan a pensar en su vida como un prodigioso desarrollo de la caridad, «a la cabeza de los tiempos», y sus enseñanzas como fruto de *sapientia cordis* profética y clarividente. Pero es en hechos como los anteriores, en esos servicios «*humildes y santos que una madre hace con sus hijos*», que se vuelven habituales por la misericordia en un alma inmersa en Dios, donde se ha de buscar la esencia de la misericordia cristiana.

Pasar de las obras de caridad a la caridad de las obras

El Papa Benedicto XVI, comentando la afirmación de don Orione «*la caridad es la mejor apología de la fe católica*», dijo que las obras de caridad, ya sea como actos personales o como servicios prestados por grandes instituciones a las personas necesitadas, no pueden jamás reducirse a un gesto filantrópico, sino que han de ser siempre expresión tangible del amor providente de Dios. Para hacer esto –recuerda don Orione–

se necesita estar «*contagiados por la caridad suavísima de Nuestro Señor*» mediante una vida espiritual auténtica y santa. Sólo así es posible «*pasar de las obras de caridad a la caridad de las obras, porque –añade vuestro fundador– también las obras sin el amor de Dios, que les dé valor, no sirven de nada*»⁹.

La misericordia es un «*dar con el pan del cuerpo el divino bálsamo de la fe*»¹⁰. Inseparablemente. Es entonces cuando las obras de misericordia son evangelizadoras de por sí («*la caridad abre los ojos a la fe*»¹¹) y culto agradable a Dios («*ver y servir a Cristo en la persona humana*»¹²).

Las palabras de la oración para la misa en honor a san Luis Orione resumen su experiencia de la misericordia: «*Concédenos, Señor, que ejercitemos como él las obras de misericordia, para que los hermanos experimenten la ternura de tu Providencia y la maternidad de la Iglesia*».

¹ De San Juan Pablo II sobre don Orione en la *Omelia in occasione della beatificazione*, 26 octubre de 1980, y la *Omelia in occasione della canonizzazione*, 16 mayo de 2004.

² Don Orione, *Nel nome della Divina Provvidenza*, Piemme, Casale Monferrato 20043, p. 27.

³ Apuntes del 25 febrero de 1939, en: *ibid.*, pp. 134-135.

⁴ Don Orione, Carta del 26 junio de 1922, en: *ibid.*, pp. 54-56.

⁵ Don Orione, *Nel nome della Divina Provvidenza*, cit., p. 27.

⁶ Texto en *Parola* VII, 21-22; XI, 234-235; XI, 325-327.

⁷ Aa. Vv., *Sui passi di Don Orione. Sussidio per la formazione al carisma*, Dehoniane, Bologna, 1996, p. 186.

⁸ Don Orione, *Carta a Don Casa*, 1 junio de 1920; *Lettere I*, Roma, 1969, pp. 191-193.

⁹ Discorso di Benedetto XVI durante la visita al Centro Don Orione di Roma, 24 giugno 2010.

¹⁰ Don Orione, *Nel nome della Divina Provvidenza*, cit., p. 115.

¹¹ *Scritti 4*, 279-280.

¹² Don Orione, *Nel nome della Divina Provvidenza*, cit., pp. 134-135.

La siete pasos del perdón y de la reconciliación

Konrad Stauss

Neurólogo, psicólogo y médico psicosomático, el doctor Stauss dirigió desde 1979 hasta 2000 la clínica de medicina psicosomática de Bad Grönenbach en Allgäu. Impresionado por la importancia del factor “culpa” y por los procesos de perdón, como también por los recursos espirituales que ofrece la visión cristiana del hombre, está dedicado a la formación de psicoterapeutas y de guías espirituales.

El trabajo de perdón y de reconciliación en la terapia y en la asistencia espiritual

El concepto de perdón como intervención directa aún no se ha abierto camino en los cánones de la formación terapéutica, aunque teóricamente se han desarrollado procesos sólidos de la terapia del perdón, sobre todo en América. La razón de esto es porque perdón y reconciliación son realidades espirituales y los terapeutas todavía encuentran dificultad para incorporar esta dimensión en su visión particular. En el campo de la asistencia espiritual notamos algo diverso: aquí el tratamiento de heridas causadas por relaciones difíciles o por experiencias pasadas es una realidad esencial a la que no se puede renunciar, aunque la psicología pastoral todavía no ha desarrollado métodos especiales para su aplicación.

El resultado es un dilema: la psicoterapia

dispone de gran cantidad de conocimientos sobre el desarrollo de los procesos de perdón, pero no tiene el coraje de servirse de sus conocimientos para no ir en contra de la mentalidad del mundo actual. La teología, sin embargo, conoce exactamente la importancia de los procesos de reconciliación, pero todavía no ha desarrollado una metodología para dirigir el proceso del perdón. Por eso es importante que se emplee un diálogo más intenso entre psicoterapeutas y teólogos. El plan de acción creado por el autor ofrece un lugar adecuado para este diálogo.

Condiciones psicológicas para el éxito en procesos de perdón

El proceso de perdón no puede quedarse en la instrumentalización del plan psicoterapéutico. Querer y poder perdonar es un

don que hay que hacer en el momento apropiado. Dicho teológicamente: conceder el perdón es una gracia que se puede prescribir sobre la base de la terapia “rehabilitativa”. Sin embargo, pueden enumerarse algunos requisitos importantes para el éxito de este proceso.

La herida encierra un compromiso psíquico: el perdón pasa a través de la herida psíquica y no pasa de lado. Los sentimientos nacidos de las heridas, como dolor, tristeza, ira o resentimiento son consecuencias normales de una reacción emotiva de tales heridas. Hay que mirarlas de frente y señalarlas expresamente.

Capacidad de cambiar de perspectiva desde el punto de vista empático: para cambiar la perspectiva sirve identificarse con el modo de pensar del otro para conseguir comprender las razones que han motivado la acción. Quien logra comprender tiene más facilidad para perdonar. Comprender los sentimientos del otro no implica la aceptación de su manera de hacer que sigue siendo responsable de sus propias acciones: la injusticia sigue siendo injusticia.

Diferencia entre perdón y reconciliación: el perdón es una acción intrapsíquica, mientras que la reconciliación se refiere a las relaciones interpersonales. Siempre se puede perdonar para recuperar la libertad interior. No conseguir perdonar es un peso emocional alimentado de amargura, dolor, ira y rencor que envenena a veces durante años y décadas el corazón del hombre.

El perdón como acción intrapsíquica no depende del comportamiento del actor: Podemos perdonar a personas que ya no viven y a personas que no son capaces de tener conciencia de su culpabilidad.

Fundamento espiritual para el éxito del proceso del perdón

Gracia: saber perdonar es un acto espiri-

tual, un don, una gracia; hay que tenerlo en cuenta para tomar esta decisión. Lo repito: el perdón no se puede instrumentalizar psicológicamente pensando que se puede prescribir como una intervención activa.

Lo que ha sucedido no se ha olvidado, viejas heridas pueden abrirse de nuevo. Con la decisión de permanecer en la actitud del perdón se quiere evitar volver a los antiguos sentimientos de rencor y odio, recordando, más bien, los sentimientos experimentados después del rito del perdón. De esta manera es posible olvidar las viejas experiencias y transformarlas en un proceso de perdón verdaderamente efectivo.

Cómo realizarlo concretamente: en los procesos de perdón se hace distinción entre el acto profano de la psicoterapia y el trabajo espiritual de saber perdonar. Esto significa que hay distinción entre un espacio profano de la psicoterapia y un “espacio sagrado”. Esta distinción no quiere decir que uno de estos espacios sea mejor que el otro o más fecundo. El espíritu sopla donde quiere. Lo sagrado está siempre presente donde hay comprensión, amor, sanación e integración. Todos estos elementos pueden realizarse en ambos espacios.

Tipo de comportamiento en un espacio profano psicológico

Trabajar ante una silla. En el ambiente profano psicológico se determina el tema del perdón: *¿Qué quiero perdonar? ¿Qué es lo que me ha hecho? ¿Qué es lo que más me ha afectado emocionalmente?* Estas preguntas conducen a una definición de la escena del

trauma que se expresa respondiendo a la pregunta: ¿Qué ha sido lo más arduo para mí? ¿Cómo he reaccionado emocionalmente en todas las fases de la situación dolorosa? Esta pregunta tendría que estimular el análisis de sus emociones. Los sentimientos, en un paso siguiente, se expresan y se formulan como “acusación al actor”. Nos imaginamos a la figura del culpable en una silla vacía. Sus sentimientos se formulan y expresan explícitamente en forma de acusación. Normalmente la acusación es un entramado de dolor y de ira. El terapeuta ayuda al cliente a diferenciar los dos sentimientos. La pregunta «¿qué es lo que ha sido injusto e incorrecto en mis relaciones?» sirve para dar lugar a la ira, y la pregunta «¿qué me ha hecho mal, qué hubiera deseado para mí?» da lugar al dolor.

Cambio de perspectiva: trabajar con las dos sillas. En un segundo momento nos imaginamos un cara a cara con el culpable, sentado frente a la víctima. En este caso se le pregunta que se identifique el culpable: sentado en su silla, él mismo responde a las acusaciones. Cambiando con frecuencia la posición de las sillas, nos imaginamos un cambio de perspectiva, por lo que es posible hacer que la experiencia de ser culpable y de ser víctima. Surge así un diálogo entre la víctima y el agresor, durante el cual el carácter del delincuente asume rostros cada vez diferentes: ya no está por encima, sino que es una persona humana como cualquier otra, con sus limitaciones, debilidades, con las heridas sufridas a lo largo de la vida y con sus consecuencias. Este momento es particularmente importante porque entre víctima y agresor se desarrolla la siguiente dinámica: si el culpable no siempre está dispuesto a aceptar su parte de culpa, en la víctima crecen los sentimientos de culpa y cree que es corresponsable de todo lo acontecido. Al restituir la responsabilidad al culpable, se ayuda a que el cliente se

distinga del culpable y de sus acciones. Este diálogo finaliza haciendo al actor totalmente responsable de sus actos.

Tipo de comportamiento en el espacio sagrado

Los pasos descritos hasta ahora en el espacio profano preparan al siguiente paso en el proceso de perdón, un paso de naturaleza espiritual. Ahora es el momento de entrar en el espacio sagrado, donde prevalecen reglas espirituales. Las orientaciones espirituales son definidas por el punto de vista cristiano con las características del Espíritu Santo. El Espíritu Santo se caracteriza por tres elementos:

- Dios es bueno y misericordioso;
- te acoge y te ama tal como eres;
- perdona tu culpa.

La dinámica en el espacio sagrado es sustentada y dirigida por estos tres elementos fundamentales: amor misericordioso, aceptación incondicional, amor y perdón. Esta dinámica, que se desarrolla mediante la interacción de estos tres elementos, no es posible construirla ni programarla, sino que se desarrolla mediante la gracia. Quien perdona busca, después de haber perdonado, para descubrir en sí mismo una nueva actitud. Se coloca en una actitud de misericordia, de amor y de perdón frente al otro. Esta actitud y el consiguiente modo de hacer se les define como “mirada del corazón”: mira al otro como querría que Dios le mirase a él cuando se encuentre cubierto con la culpa.

En esta actitud de “mirada del corazón” el cliente escribe, colocándose en el punto de vista del otro, cinco cartas y, al final, una “certificación de perdón”. En estas cinco cartas deben designarse las razones de la conducta del autor del delito, las medidas adoptadas como consecuencia en relación con la víctima, el tipo de delito cometido

contra Dios y los hombres, el arrepentimiento de su acción y la petición del perdón por sus acciones. Con el certificado final de perdón el cliente expresa claramente su compromiso y su disponibilidad de perdonar, y el compromiso de dejar tras sí el peso de tener que perdonar, tanto como sea posible.

Rito del perdón

Llega, pues, el momento del rito del perdón. Con él quien perdona expresa su disposición de hacerlo delante de Dios. Aquel a quien se le perdona explica antes su idea de Dios. Este proceso se fundamenta en el modo de concebir el perdón desde el punto de vista cristiano, pero está abierto a todas las manifestaciones religiosas y todas las formas de concebir a Dios¹. Quién perdona entra en el espacio sagrado que fue destinado previamente para este propósito. Aquí se presentan y colocan las siete estaciones que se procesarán durante el rito. Con frecuencia todo esto se lleva a cabo en una capilla o una iglesia que simboliza arquitectónicamente el espacio sagrado (este rito puede tenerse en cualquier otro lugar silencioso). Antes de que la persona que quiere perdonar entre en el espacio sagrado, se le pregunta si ya ha realizado todas las medidas preparatorias. Si la respuesta es afirmativa, se le hará una segunda pregunta, esto es, si quiere expresar ante Dios su disponibilidad para perdonar. Durante el rito es acompañada por un “padre espiritual” o por un psicoterapeuta. Antes de los varios momentos quien perdona lee las cartas que había escrito y el certificado de perdón. Finalmente expresa su disposición a perdonar delante de Dios, con una oración silenciosa o con un diálogo con su Dios. La celebración de este ritual es determinada por quien perdona.

Durante este rito madura con frecuencia

una dinámica emotiva, la presencia del Espíritu Santo la pueden experimentar todos.

Decisión de no decaer en el perdón

Después del ritual del perdón se pregunta al cliente si está dispuesto a mantener vivo su perdón. Lo que ha sucedido no se ha olvidado, viejas heridas pueden abrirse de nuevo. Con la decisión de permanecer en la actitud del perdón se quiere evitar volver a los antiguos sentimientos de rencor y odio, recordando, más bien, los sentimientos experimentados después del rito del perdón. De esta manera es posible olvidar las viejas experiencias y transformarlas en un proceso de perdón verdaderamente efectivo.

Reconciliación

El perdón es algo que tiene lugar en las profundidades del alma, mientras que la reconciliación tiene lugar en las relaciones entre personas. La reconciliación requiere de dos personas: una que ofrece el perdón y otra que lo acoge. La reconciliación sólo puede darse con una persona que asuma la responsabilidad de sus acciones y que se arrepienta. Arrepentirse significa que el ac-

La posibilidad de perdonar presupone la disponibilidad para ver este proceso no sólo como una instrumento psicológico, sino como un camino espiritual que hay que recorrer hasta el fondo; es necesario estar dispuestos a, y en grado de, afrontar las propias heridas interiores, asumir nuevas perspectivas y perdonar al enemigo *incondicionalmente*.

tor pueda comprender el daño emocional causado al otro. Es bueno que en el diálogo entre el transgresor y la víctima, la víctima haya perdonado hasta el fondo y curado sus heridas, y el otro que haya examinado en profundidad y reconocido su culpabilidad sin esconderse detrás de mecanismos de defensa. En pocas palabras: la víctima debe aprender a perdonar para liberarse de su papel de víctima, y quien ha hecho el mal debe aprender a admitir su culpabilidad para que sea posible entre ellos una vida digna. El objetivo a conseguir es que entrambos, por la conciliación, entren en diálogo, plasmen lo que sucedió con una biografía de su vida, se dejen las puertas abiertas de cara al futuro y acepten la posibilidad de un crecimiento interior a partir de la experiencia vivida en este proceso del perdón y de reconciliación, para que, a través de este proceso, tanto en la víctima como en el infractor pueda darse un cambio.

¿Cómo reaccionan los clientes al trabajo de perdón?

Este trabajo de perdón puede llevarse a cabo o durante un seminario para adultos o durante los ejercicios espirituales –teniendo como base la parábola bíblica del hijo pródigo– o también durante la psicoterapia. Los resultados son alentadores. Es importante que los clientes sean instruidos sobre cada uno de los pasos que hay que hacer para conseguir llegar a perdonar. El proceso del perdón debe ajustarse a las necesidades del cliente; es especialmente importante y decisivo para el éxito del proceso aclarar su manera de entender a Dios y el valor de su acción en el proceso del perdón. En el ámbito de la psicoterapia, por ejemplo, nos podemos encontrar con el deber de perdonar a los padres o a compañeros con los que ha habido una ruptura. Sería bueno practicar este camino de perdón sólo después de

una experiencia positiva en el trato con cada una de las personas implicadas y después del procedimiento, desde el punto de vista psicoterapéutico, una relación con ellos. Los psicoterapeutas refieren experiencias claramente positivas.

Por supuesto, durante este proceso pueden surgir problemas. El proceso del perdón puede ser instrumentalizado, reduciéndolo a un sistema para hacer frente a mecanismos psicológicos: un perdón rápido puede servir para evitar hablar de un conflicto real y por tanto no para resolverlo. El perdón puede ser utilizado para lograr soportar mejor una relación desesperante. O también se perdona solo en parte, dando un perdón condicional: «*Te perdono solo si tú...*». El proceso del perdón pasa a través de la herida emotiva, por eso no es adecuado para los clientes cuya capacidad de regular sus emociones es limitada (como quienes tienen trastornos de personalidad o están muy traumatizados). En estos casos, sólo después de curados los traumas mediante una buena psicoterapia, se puede empezar el proceso del perdón. La posibilidad de perdonar presupone la disponibilidad para ver este proceso no sólo como una instrumento psicológico, sino como un camino espiritual que hay que recorrer hasta el fondo; es necesario estar dispuestos a, y en grado de, afrontar las propias heridas interiores, asumir nuevas perspectivas y perdonar al enemigo *incondicionalmente*.

¹ El Autor ha presentado este proceso del perdón a cristianos, a musulmanes, a indios sciamanos, y a miembros de diversos grupos anónimos de autodefensa, que creen en un poder superior que dirige nuestra vida. El proceso del perdón se concibe desde una base religiosa y de fe. Explicando este proceso a los interesados, se clarifica con el cliente su modo de concebir a Dios y se sacan consecuencias.

HOMILÍA

A LOS SEMINARISTAS, NOVICIOS, NOVICIAS...

«La gente de hoy tiene necesidad ciertamente de palabras, pero sobre todo tiene necesidad de que demos testimonio de la misericordia, la ternura del Señor, que enardece el corazón, despierta la esperanza, atrae hacia el bien. ¡La alegría de llevar la consolación de Dios!

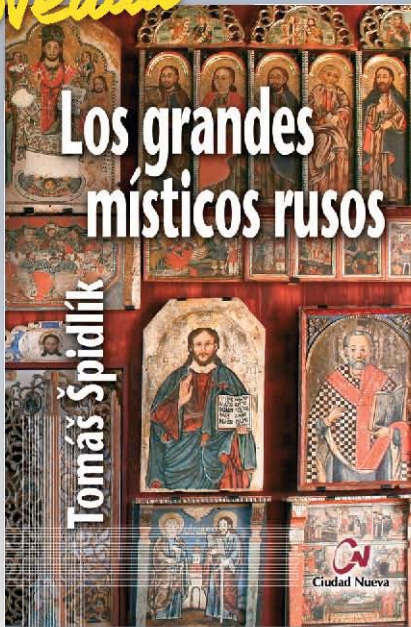
En la hora de la oscuridad, en la hora de la prueba está ya presente y activa el alba de la luz y de la salvación. ¡El misterio pascual es el corazón palpitante de la misión de la Iglesia! Y si permanecemos dentro de este misterio, estamos a salvo tanto de una visión mundana y triunfalista de la misión, como del desánimo que puede nacer ante las pruebas y los fracasos. La fecundidad pastoral, la fecundidad del anuncio del Evangelio no procede ni del éxito ni del fracaso según los criterios de valoración humana, sino de conformarse con la lógica de la Cruz de Jesús, que es la lógica del salir de sí mismos y darse, la lógica del amor. Es la Cruz —siempre la Cruz con Cristo, porque a veces nos ofrecen la cruz sin Cristo: ésa no sirve—. Es la Cruz, siempre la Cruz con Cristo, la que garantiza la fecundidad de nuestra misión. Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva” (Ga 6,15).

Queridos seminaristas, queridas novicias y queridos novicios, queridos jóvenes en el camino vocacional. Uno de ustedes, uno de sus formadores, me decía el otro día: évangeliser on le fait à genoux, la evangelización se hace de rodillas. Óiganlo bien: “la evangelización se hace de rodillas”. ¡Sean siempre hombres y mujeres de oración! Sin la relación constante con Dios la misión se convierte en función. Pero, ¿en qué trabajas tú? ¿Eres sastre, cocinera, sacerdote, trabajas como sacerdote, trabajas como religiosa? No. No es un oficio, es otra cosa. El riesgo del activismo, de confiar demasiado en las estructuras, está siempre al acecho. Si miramos a Jesús, vemos que la víspera de cada decisión y acontecimiento importante, se recogía en oración intensa y prolongada.

Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más les llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar su corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor. ¡Aquí reside el secreto de la fecundidad pastoral, de la fecundidad de un discípulo del Señor!».

Papa Francisco, *Homilía*, 7 de julio, Roma 2013

novedad



416 págs. 17 €

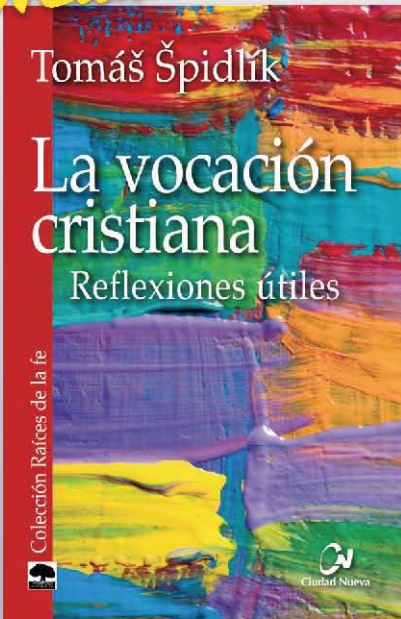
2ª edición revisada

Tomáš Špidlík
**Los grandes
místicos rusos**

Después de muchos años agotada, Ciudad Nueva presenta esta segunda edición revisada de la obra cumbre del cardenal Špidlík.

La obra pone al alcance del lector una antología de textos, hasta ahora inéditos en castellano, de autores rusos considerados santos que reflejan el verdadero rostro del alma rusa.

novedad



112 págs. 10 €

Tomáš Špidlík
**La vocación
cristiana**

Última obra del cardenal Špidlík escrita poco antes de morir. En forma de preguntas y con el estilo fresco e inmediato propio del autor, estas «reflexiones útiles» ayudan a meditar sobre la misión particular que Dios tiene para cada persona, ya sea en medio del mundo, formando una familia, dedicándose al sacerdocio o en una comunidad religiosa.

Adquiéralos en su librería, en nuestra página web ciudadnueva.com
o llamando al teléfono 91 725 95 30


Ciudad Nueva